

*BENEDEIT*

**EL VIAJE DE  
SAN BRANDAN**

*EDICIONES SIRUELA*

**E**l texto de la presente edición, primera versión al castellano, fue escrito por un poeta de la corte anglonormanda de Enrique I Beauclerc, hijo de Guillermo el Conquistador, hacia 1106, y refleja ya una sociedad refinada, cuya expresión literaria culminaría medio siglo más tarde con las novelas de tipo cortés.

En el repertorio de los juglares figuraba el «Viaje de San Brandán» en compañía de las aventuras de MERLIN, TRISTAN y el rey ARTURO. Con aquellos relatos fue cantado, recitado y leído por toda Europa durante la Edad Media. En España alcanzó tal popularidad esta leyenda del santo irlandés descubridor de paraísos, que hasta el siglo XVIII no dudaron los cartógrafos en dibujar en sus mapas a la afortunada isla de *San Borondón*, como octava parte del archipiélago canario.

Pintoresco avatar de la leyenda brandaniana, que a partir del siglo XIX y hasta nuestros días caería también en los despropósitos nacionalistas de eruditos celtistas, que convirtieron a Brandán en descubridor de la América precolombina, junto con Eirik el Rojo.

Resulta muy claro, sin embargo, que este texto del siglo XII no es diario de a bordo o libro de navegación, sino



peregrinaje iniciático, aventura circular y cíclica de siete años en busca de un paraíso, añorado y finalmente hallado.

El infierno constituye el más largo episodio. Relata con detalladas descripciones los suplicios y tormentos padecidos por Judas, que, como en el caso de las escenas infernales del teatro medieval, despertarían el máximo interés en el público, sin impedir el placer del «horresco referens».

En contraposición a las tinieblas infernales, está el mundo de la luz: el eterno sol de las islas visitadas, el destellante tesoro de la abadía de Albea, el grál de oro que se lleva el abad como prenda, después de penetrar con monjes y con barco en una columna de cristal por debajo del mar, las piedras preciosas que entrega el doncel a Brandán al final de su paseo por el *Jardín de las Delicias*.

Como en todos los textos, el único mundo recorrido es el de la literatura, y el «Viaje de San Brandán» engarza en una red contextual, desde la nave de Eneas, la edad de oro ovidiana, trasplantada al jardín edénico, hasta la tradición de los cuentos árabes y el purgatorio de Dante; por tanto, de obligada lectura para quien quiera conocer las claves de nuestra herencia cultural.



*El viaje de San Brandán*



# *EL VIAJE DE SAN BRANDÁN*

*BENEDEIT*

*TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO:  
MARIE JOSÉ LEMARCHAND*



*EDICIONES SIRUELA*

*MADRID, 1986*

*Selección de lecturas medievales, 3*

Colección dirigida por Jacobo F.J. Stuart.

1.<sup>a</sup> edición, mayo 1983.

2.<sup>a</sup> edición, marzo 1984.

3.<sup>a</sup> edición, diciembre 1986.

4.<sup>a</sup> edición, septiembre 1988.

Fotocomposición: Artcomp, S.A.

Impresión: Grafur, S.A.

Encuadernación: Perellón, S.A.

© del prólogo y la traducción:

EDICIONES SIRUELA, S.A.

Madrid, 1983.

Plaza de Manuel Becerra, 15. *El Pabellón*.

Teléfono: 245 57 20.

I.S.B.N.: 84-85876-04-0.

Depósito Legal: M-29.746-1988.

*Printed and made in Spain.*

---

## CONTENIDO

---

|  |    |
|--|----|
| Prólogo . . . . .  | XI |
| <b>EL VIAJE DE SAN BRANDÁN</b>   |    |
| Dedicatoria . . . . .  | 1  |
| I. Retrato de San Brandán . . . . .  | 3  |
| II. Cómo nace en Brandán el deseo de la aventura. . . . .                                  | 4  |
| III. Cómo Barinto inicia a Brandán en la aventura. . . . .                                 | 5  |
| IV. Elige Brandán a catorce compañeros de aventura, y se despide de los demás . . . . .    | 6  |
| V. Brandán marcha hasta el final de la tierra, y allí prepara su nave . . . . .            | 7  |
| VI. Acuden tres hermanos, para rogar a Brandán que les deje compartir su aventura. . . . . | 8  |
| VII. Salida y primera navegación . . . . .   | 9  |
| VIII. Los viajeros andan en busca de un puerto . . . . .                                   | 10 |
| IX. El castillo deshabitado. . . . .   | 11 |
| X. El grial robado . . . . .   | 13 |

|  |    |
|--|----|
| XI. Los viajeros reciben la visita de un mensajero . . . . .                                 | 14 |
| XII. Los viajeros arriban a la isla de las ovejas, donde les visita otro mensajero . . . . . | 15 |
| XIII. Fiesta en el pez-isla . . . . .  | 17 |
| XIV. Concierto en el paraíso de los pájaros . . . . .  | 18 |
| XV. Preparativos para el segundo año . . . . .   | 25 |
| XVI. La isla de Albea . . . . .  | 26 |
| XVII. Con una bebida de hierbas, quedan enloquecidos los compañeros de Brandán . . . . .     | 31 |
| XVIII. Tres islas vueltas a visitar . . . . .  | 32 |
| XIX. Justa de las serpientes marinas . . . . .   | 34 |
| XX. Cómo quedan a salvo los viajeros de la tormenta y del hambre . . . . .                   | 36 |
| XXI. Combate del grifo y del dragón . . . . .  | 37 |
| XXII. Congregación de monstruos marinos . . . . .  | 38 |
| XXIII. Los viajeros se adentran con el barco en una columna de cristal . . . . .             | 39 |
| XXIV. El herrero del infierno . . . . .  | 40 |
| XXV. La montaña envuelta en nubes, donde desaparece un viajero . . . . .                     | 43 |
| XXVI. Suplicios y cárceles de Judas . . . . .  | 44 |
| XXVII. Desaparición de otro viajero . . . . .  | 51 |
| XXVIII. Pablo el ermitaño . . . . .  | 51 |
| XXIX. Fin del séptimo año . . . . .  | 54 |
| XXX. El jardín de las delicias . . . . .   | 55 |
| XXXI. Retorno y muerte de Brandán . . . . .  | 59 |
| Bibliografía . . . . .   | 68 |



*Grifo.* Bestiario de Oxford, siglo XII.

## P R Ó L O G O

**E**L *Viaje de San Brandán*, objeto de esta primera versión al castellano, pertenece a la cultura anglo-normanda de principios del siglo XII, es decir a la misma área cultural que la *Chanson de Roland*, que le precede en una generación.

Pero si está bien clara la unidad de la literatura anglo-normanda de un lado y otro del canal de la Mancha, hasta el punto de no poderse distinguir entre lo que se escribía en Inglaterra —como es el caso de nuestro texto— y lo que se escribía en el continente, no por ello ha dejado de existir una especie de frontera en la recepción de aquellos textos medievales: así los escolares franceses vienen estudiando la gesta de los barones francos, como monumento filológico e histórico nacional, especialmente a partir del siglo XIX, mientras que las aventuras de Brandán, santo irlandés, han logrado interesar principalmente a estudiosos anglo-sajones. Por la confusión creada entre conceptos como cultura y nación, el *Viaje* ha sido desplazado hacia un fabuloso mundo celta.

Sin embargo, la dedicatoria de la obra a la reina Matilde, esposa de Enrique I, al que su fama de protector del mester de clerecía valió el apodo de *Beauclerc*, no deja lugar a dudas sobre el contexto cultural en que se elaboró la obra: participa de aquel nuevo espíritu, hoy generalmente llamado «Renacimiento del siglo XII», que se caracterizó por el mecenazgo de círculos cultos, como el de la corte anglo-normanda, donde se inició principalmente aquella reapropiación de la herencia clásica.

Esta dedicatoria del autor, el arzobispo Benedeit, a su dama-protectora, la reina, aparte de constituir un temprano testimonio del encargo de un texto en romance, atestigua desde los albores del siglo XII —es decir, antes de lo habitualmente señalado en las historias de la literatura— el paso de un género a otro: de los conocidos hechos ejemplares, narrados para ser cantados o recitados por el juglar frente al ancho público anónimo, al texto sacado de un manuscrito por un autor que escribe por encargo real, para ser leído en el círculo de la corte, donde la dama-protectora deberá defender de las burlas a su servidor, en un compromiso literario, que recuerda el servicio vasallático, es decir, el servicio a cambio de la defensa del vasallo por su señor.

La historia en latín, cuyo argumento afirma haber seguido Benedeit, es la *Navigatio Sancti Brendanni Abbatis*, escrita en el siglo X, en la región renana, por uno de aquellos monjes conocidos como *Scotti Litterati*, cuyas obras, compuestas en la época del emperador Otón, sirvieron de fuente a muchas corrientes literarias de la Edad Media.

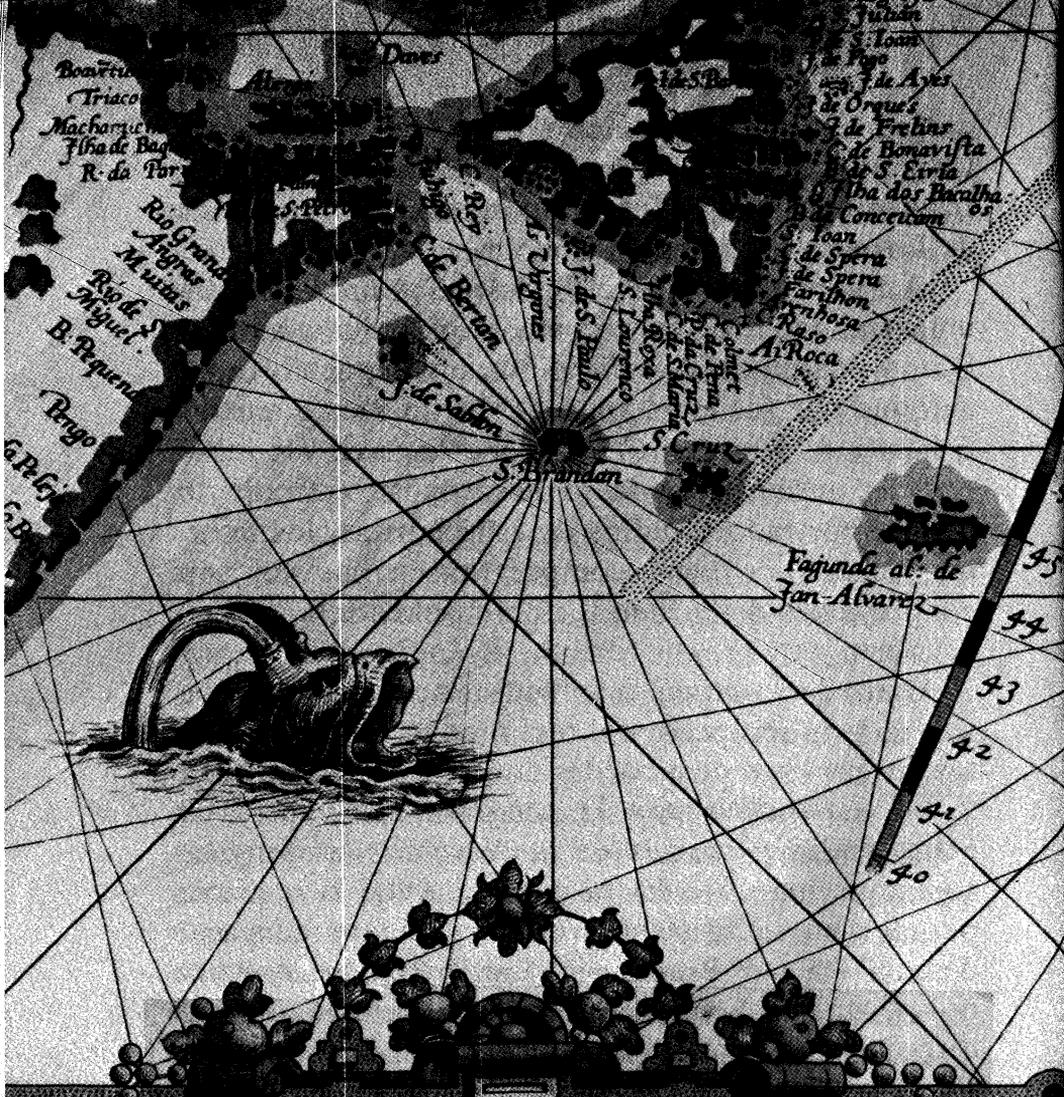
En cuanto a Brandán, nació en el siglo VI, época

que corresponde al comienzo de la «peregrinatio pro Christo» de aquellos monjes que tras su expulsión de Irlanda e Inglaterra fundaron monasterios como los de Luxeuil, Salzburgo y Bobbio.

Así hunde sus raíces el *Viaje de San Brandán* en la universalidad de la cultura medieval, latina y monástica, y cualquier identificación con el pueblo celta, enfoque que fue en el siglo XIX el de Renan, en sus *Ensayos de Moral y Crítica, la Poesía de las razas célticas*, resulta hoy mero despropósito. Como lo han demostrado estudios de especialistas, los *imrama*, relatos de viaje compuestos en gaélico, son adaptaciones de la literatura monástica latina, y no viceversa.

Otro desenfoque, más pintoresco éste, que ha marcado la recepción del texto, es su lectura «verista», como libro de a bordo, donde cada isla descrita se correspondería con la geografía. En efecto, el éxito de las versiones de la *Navigatio* en lenguas romances mantuvo hasta el siglo XVIII la creencia popular en la existencia de una isla paradisíaca, descubierta por Brandán —*San Borondón* en español—, ubicada en el archipiélago canario. Así se disputaron la octava isla afortunada los reyes de España y Portugal, quedando la misma definitivamente adjudicada en el Tratado de Evora, cedida por su majestad portuguesa a Perdigón, «si la hallare»; hasta el siglo XVII se siguió dibujando la isla de Borondón en los mapas, cada vez más hacia el norte del océano Atlántico, a medida que progresaban las expediciones marítimas.

Frente a aquel «partido canario», existe todavía hoy un bando normando-celtista, que considera muy



Secundum littora Novae Franciae multe in sic uti in Balenae.



seriamente la hipótesis según la cual el paraíso de Brandán sería el *Furdurstrandi* de Eirik el Rojo, y el viaje del santo un descubrimiento precolombino. *Brendan*, una embarcación que se pretendía fiel réplica de la nave de Brandán, emprendió recientemente rumbo hacia el Oeste, siguiendo el itinerario del santo hacia Islandia y la tierra prometida de América.

Volvamos al único mundo recorrido por el Brandán del texto, el mundo de la literatura; a la *Navigatio*, fuente latina del *Viaje*, especie de Eneida cristianizada. La nave en que embarca Brandán, junto con catorce monjes héroes de esta aventura colectiva, recuerda a la de Eneas, en su descripción y andanzas a lo largo de siete años, incluso en las referencias a las cintas de cuero de buey, en las que se ha querido ver la descripción de un *curragh* irlandés.

La comparación entre el texto del arzobispo cortesano y su modelo latino, compuesto en un monasterio de Lotaringia, da la medida de la evolución de la sociedad feudal a lo largo de los dos siglos que separan ambos textos. Adiciones y omisiones tienden al enriquecimiento estilístico y al incremento del interés narrativo. Tanto las alusiones a la riqueza de los castillos, a los tesoros de las abadías, al buen comer y refinamiento en la mesa, a los ritos de despedida, las justas, el jardín o la *praierie*, como la supresión de muchos pasajes de carácter monástico, como los largos himnos, oraciones y ayunos, reducidos por Benedeit a la medida de una devoción más

mundana, están concebidos en función del destinatario de la obra: adición de lo que guste, omisión de lo que aburra al público aristocrático de la *Chambre des Dames*.

Así, por ejemplo, queda muy ampliada la lucha del grifo contra el dragón y la justa de las serpientes marinas, tragicomedia guerrera, acaso parodia de batallas, sin duda con ánimo de divertir a un público que empieza a conocer la paz, tras la victoria de Tinchebray (1106); aquélla fue la primera tregua tras largos años de lucha entre los dos hijos de Guillermo el Conquistador, Enrique Beauclerc y Roberto Courteuse, para disputarse la posesión del ducado de Normandía. Tras derrotar a su hermano y asegurarse el feudo normando, el rey de Inglaterra ordenó la destrucción de los castillos fortificados de los barones rebeldes. Si bien es verdad que la ausencia de fortificaciones bélicas, tópica expresión literaria de una milenaria aspiración a la paz, figura ya en las *Metamorfosis* de Ovidio (*Nondum praecipites cingebant oppida fossae*, I.59), sin embargo, resulta interesante esta innovación de Benedeit respecto a su fuente latina, a la que añade una descripción del paraíso como «castillo sin almenas ni voladizo, sin barbacana ni atalaya»:

*N'i out chernel ni aleür*

*Ne bretesche ne nule tur.* (Vv.1677-78).

En este mismo contexto figura la traslación al mundo feudal de la tópica oposición eclesiástica entre obediencia y humildad, frente a rebeldía y orgullo. El arzobispo alude a la felonía de los

barones, que constituye jurídicamente una ruptura del vínculo de vasallaje:

*Icil felun qui par orguil  
ici prenent par eols escuil  
de guerreer Deu e la lei, (Vv.68-70).*

y asimila estos barones a los demonios, ángeles rebeldes, que rompen el contrato de feudo ligio con su legítimo señor, para servir al soberbio Lucifer.

Otro prototipo de rebelde es Judas, que traicionó a su Señor, en vez de servirle; y como caso contrario en la jurisprudencia divina, los ángeles caídos, que habitan el paraíso de los pájaros, no conocen las penas infernales porque no se rebelaron, sino que sirvieron con obediencia a un felón rebelde.

La descripción del infierno y la larga dramatización de los suplicios de Judas sirve de advertencia al rebelde, pero, como en muchos pasajes del texto, el interés narrativo relega a un segundo plano el implícito significado moralizante. Como en el caso de las escenas infernales del teatro medieval, la descripción detallada de suplicios y tormentos despertaría el máximo interés del público, más allá del escarmiento de la visión. No se puede considerar como mera coincidencia el hecho de que el pasaje en que describe Judas sus cárceles sea el más adornado del manuscrito. Sin llegar, claro está, a la voluptuosidad de la poesía barroca, al ser «verdugo y cárcel, pena y penante» de sí mismo, como exclamaría siglos después sor Juana Inés de la Cruz, se aprecia cierto gozo del cautivo en referir sus penas, más que en la expresión, en la larguísima extensión del lamento.

Como para quien contemple un capitel románico, hoy prevalece para quien lee esta obra el gozo estético sobre el didactismo moralizante; pero si nos apoyamos en el repertorio de los juglares, podríamos afirmar que el *Viaje de San Brandán* no fue leído como una vida de santo —no figura por cierto en la recopilación de la *Leyenda Aurea*, de Jacobo de Voragine—, sino como lo que llamaron algunos autores «*conte d'aventure*». También es verdad que resulta muy artificial la distinción entre género hagiográfico, con sus inevitables connotaciones de aburrimiento, y otros como la novela de aventura, porque es bien sabido que las aventuras del santoral, con sus hechos prodigiosos, milagrosos y ejemplares, resultaron fuente del mayor goce para muchas generaciones, como si de novelas se tratase.

Fuera de cualquier conjetura está el testimonio del *Roman de Renart*, en el que figura el texto de Benedeit en compañía de las aventuras de Merlín, de un duende (*Notun*), del rey Arturo, de Tristán, y de otro «*buen cuento*» relacionado con temas de Bretaña, el *Lai du Chevrefeuille*, de María de Francia, cuando Renart alardea así del siguiente repertorio juglaresco:

*Je fout savoir bon lai breton  
et de Mellin et de Notun,  
dou roi Lartu et de Tritan  
de Charpèl et de saint Brandan. (I.Vv.2435-38).*

De esta cita parece deducirse que el *Viaje* pertenece a lo que se dio en denominar «*materia de Bretaña*», siguiendo la división hecha por el juglar

Jean Bodel hacia 1200 —es decir, un siglo más tarde— cuando llama «*conte de Bretaine*» a las obras de temas referidos a las islas Británicas, como es el caso de las novelas artúricas.

Así situado brevemente el poema de Benedeit en el contexto feudal anglo-normando, y su vinculación con el renacimiento cultural de los círculos cortesanos de principios del siglo XII, que recoge la herencia monástica otoniana del siglo X, y apuntadas ya las dos lecturas que más pesaron sobre la interpretación del texto —la lectura nacionalista, que hizo del relato un *Volksbuch* celta, y la del *Viaje* como libro de navegación—, cabe preguntarse por sus referencias literarias y su influencia.

Resulta muy difícil medir cuál es el papel de esta obra en la densa red contextual tejida alrededor del motivo de la búsqueda paradisíaca, común a tantas culturas, desde las escatologías caldeas y egipcias, sus ecos mitológicos griegos y latinos, hasta la tradición bíblica.

Odisea o Eneida cristianizada se puede llamar al poema, por algunos paralelismos que ofrece con aquellos textos, aunque siempre remotos; así la isla de los cíclopes homéricos o el Polifemo de la Eneida podrían haber inspirado el episodio del diablo-herrero, con su diabólico ejército, que dispara toda clase de proyectiles encima de los viajeros —procedimiento bélico que asemeja el autor a la peligrosa contundencia de armas como la honda y la balles-ta—; pero este papel de guardianes, arrojando pe-

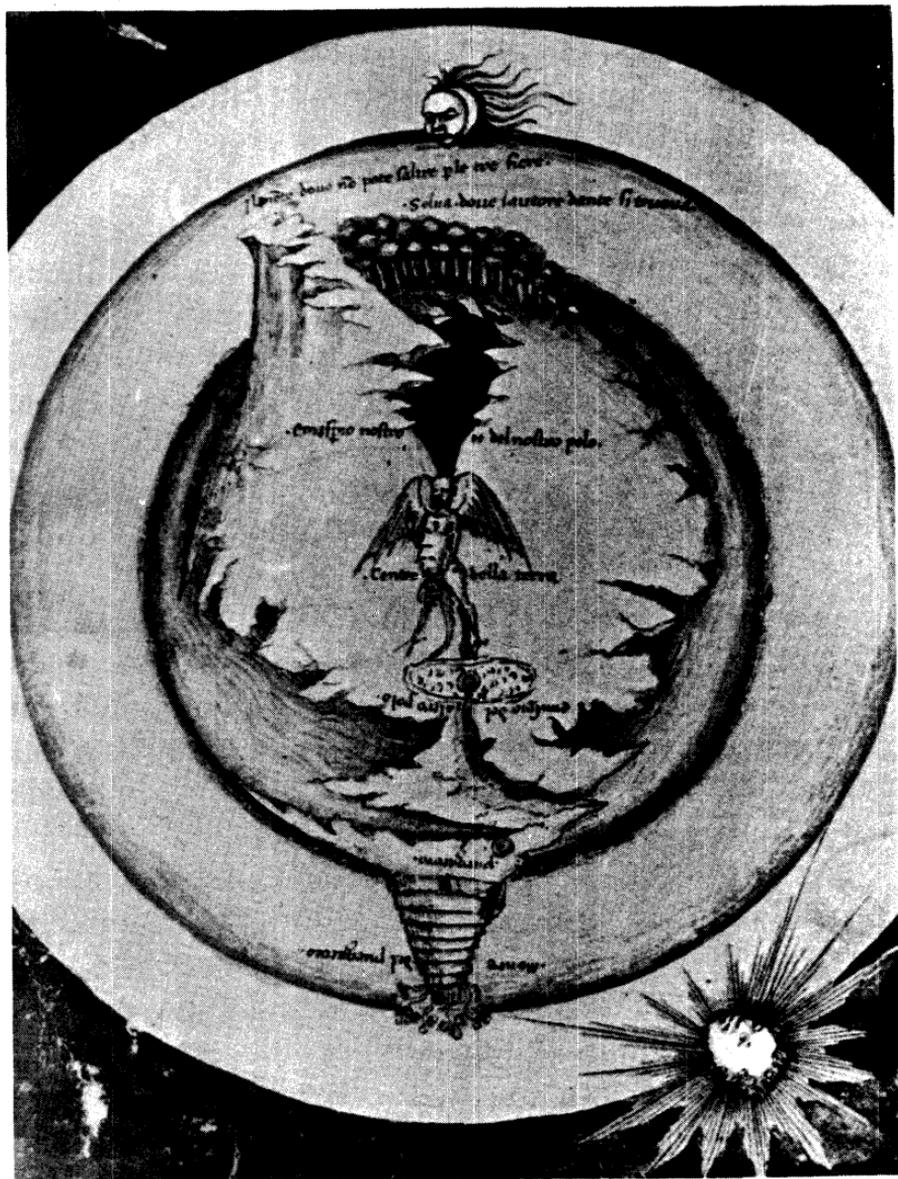
ñascos a quien franquee su territorio parece ser una huella mítica de la Edad de Bronce, común a muchas culturas.

La traslación del mito de la edad de oro a islas paradisíacas visitadas por Brandán, y al jardín edéco, es menos difusa, porque se pueden rastrear versos de Virgilio y Ovidio que soplan brisas áureas sobre un manar bíblico de leche y mieles. Ahí se unen antigüedad clásica y tradición bíblica para sustentar esta creencia en la felicidad del buen salvaje-ermitaño, que Benedeit encarna en dos personajes, el prior de la abadía de Albea y el asceta Pablo con su apacentadora nutria, descrita con ternura franciscana.

También han señalado algunos autores la influencia que han podido ejercer las escenas infernales en *La Divina Comedia*, y más concretamente en el Purgatorio, pero, como en el caso de las fuentes orientales, el incesante vaivén de textos difumina las referencias. En realidad se trata de fuentes grecolatinas y orientalizantes; por ejemplo, Asín Palacios pensaba que el original latino del *Viaje*, la *Navigatio*, se había basado para la aventura de la ballena en unos cuentos árabes, que vuelven a aparecer en las aventuras de Simbad, en el *Libro de las mil y una noches*.

Dos motivos orientalizantes surgen en el texto: el del pez-isla, la ballena, en cuyo lomo celebran los viajeros la Pascua, pretendiendo asar un cordero, hasta que el calor de las brasas, despertando a la bestia, termine provocando una tormenta.

El segundo motivo es el episodio del árbol de los pájaros, donde Brandán, como en el *Shāhnāma* persa



Esquema de la tierra según Dante. Florencia (B. N.) Ms. BR. 215 e. III v.

el héroe de la aventura, el conquistador Alejandro, recibe a través del árbol parlante una serie de orientaciones sobre su itinerario, y llegado al final del mundo oye el oráculo de su cercana muerte.

Derivado del mito oriental del Árbol Cósmico, situado en la puerta del paraíso, existe una tradición de fábulas indias, recogidas en textos difundidos en Occidente del siglo VII hasta el XII, como los *Salterios* bizantinos, el *Libro de las maravillas de la India*, y cosmografías persas relacionadas con la vida de Alejandro el Magno, que todos coinciden en describir árboles, de cuyas ramas salen, en vez de pájaros, cabezas de cautivos que cantan himnos al Creador o pronuncian oráculos a los viajeros.

Maelduin, Hui Corra y Smegdus Mac Riagla, los viajeros de los *imrama* —relatos gaélicos posteriores a la *Navigatio*, como se ha señalado—, hablan también de islas habitadas por pájaros, cuyas voces recuerdan la voz humana y simbolizan las almas de los difuntos.

En este caso también parece evidente la reapropiación de un mito en un sentido conforme al dogma, ya desde el original latino, en que las almas de las fábulas indias se convirtieron en ángeles caídos, obedientes servidores de Lucifer —primo hermano del desleal barón Roberto Courteheuse— ahora presos en aquel árbol, pero de un cautiverio semiparadisíaco, ya que en aquél especie de inocente limbo, sólo la presencia divina faltaba a su felicidad.

A propósito del concierto de los pájaros, que sigue al oráculo del pájaro-mensajero, cabe evocar otra influencia árabe, la de los autómatas: aquellos



Alejandro ante el árbol parlante. Miniatura del *Shah Namah*, Persia, siglo xv.

árboles de la Vida, que primero trajeron de Bizancio unos viajeros italianos, y hacían todavía las delicias de Montaigne en los jardines de la Villa de Este; eran una suerte de relojes, que imitaban el paso de la vida, del alba al crepúsculo, y de cuyas ramas de oro salían ordenados cantos de pájaros de distintas especies.

En la fuente latina, los pájaros cantan un salmo distinto a cada hora litúrgica, y en el *Viaje* el concierto de los pájaros recuerda un coro monacal. Chrétien de Troyes retomó para el *Yvain* esta secuencia, y sus versos:

*Doucement li oisel chantoient,  
Si que molt bien s'entracordoient.*

hacen eco a los de Benedeit:

*E as refreiz ensemble od eals  
Respunt li cors de ces oiseals.*

El primero evoca dulces melodías cantadas al unísono y el segundo los responsos («*refreiz*») de los monjes, a los que se une el coro de los pájaros.

Más allá de la referencia a los textos, y a un nivel más profundo que el del folklore, existe un paralelismo entre el significado de la aventura de Brandán y la noción islámica de la *Hiyra*, que tiene, aparte del sentido literal de «viaje», como el del profeta a La Meca, el de *hégira interior*, o ruptura de los vínculos familiares y de los privilegios del linaje (en el caso de Brandán, la renuncia al trono a cambio del derecho a sentarse en el paraíso).

Como en los cuentos sufíes, el protagonista se aleja de los falsos bienes del «siglo», en una huida que terminará con la apropiación de lo desconocido: el mundo real es el otro, mientras que en el nuestro, donde el hombre está exiliado, sólo quedan prendas que garantizan al viajero la verdad de su recorrido bajo divina escolta. Cuando el héroe despierta de su sueño, como en la tradición árabe, o cuando, como en el texto que nos ocupa, regresa de su navegación paradisíaca hacia el país de su infancia, sólo le queda volver a zarpar hacia la muerte, porque ya se ha producido la inversión de los valores: el mundo real es el falso, y el verdadero es el reino divino, donde Brandán sigue atrayendo a muchos miles de gentes:

*El regne Deu, u alat il,  
Par lui en vunt plusur que mil.*

según rezan los versos finales.

Por supuesto, este desprendimiento del mundo, que cede el paso a una progresiva fascinación por lo lejano, es común a todos los viajes iniciáticos. Aquí los viajeros van quedándose sin horizonte conocido: «Todo lo conocido van perdiendo de vista, salvo la mar y las nubes.», dice Benedeit en unos versos que expresan una casi disolución del ser en el paisaje. La experiencia recuerda un verso deslumbrante de Ungaretti, que constituye todo su poema *Cielo e mare*:

*M'illumino  
D'immenso*

Encontramos la misma pérdida de horizonte propio en otro autor contemporáneo, Héctor Bianciotti:

*«Sí, atravesar el océano puede considerarse como la experiencia última del viaje.*

*Cuando ya no hay todo en torno de la nave más que las vastas aguas sin ribera...»*

Bajo la pluma de nuestro arzobispo encontramos una de las primeras muestras en literatura romance de esta constante literaria, acierto estilístico mil veces rehecho, que expresa la vivencia original de la inmensidad y soledad del «*cielo e mare*»...

El carácter iniciático del viaje se refleja en la articulación narrativa. Los episodios están enhebrados, como una serie de fábulas ensartadas en la linealidad propia de la novela de iniciación o de aprendizaje (*Bildungsroman*), heredera de la picaresca española. Es la iniciación la que desencadena la aventura; como en la Eneida, entre otros ejemplos, el héroe emprende viaje tras consultar a una autoridad religiosa: aquí Brandán se retira en el bosque, para visitar al ermitaño Barinto, que le transmitirá la experiencia adquirida por Mernoc en su anterior viaje, en el cual tanto se acercó su nave al paraíso, que llegó a oír a los ángeles y quedó colmado del perfume edénico, logros que repetirá Brandán.

Existe a su vez una circularidad en la aventura. Los viajeros, el abad y sus catorce compañeros, vuelven a visitar las mismas islas, durante siete años, cifras e itinerario cíclico, que corresponden a ritos de purificación y a una función redentora del tiempo.

Estos siete años de sufrimiento y gozo de los navegantes están muy cerca de la significación etimológica de la palabra *Annuus* («anillo, círculo»), y recuerdan el motivo borgiano de las esferas laberínticas, que quedan grabadas en los porches de algunas catedrales, señalando a los peregrinos el final de su recorrido o *Iter Dei*.

Esta vuelta cíclica a los mismos lugares va ligada a lo que Gilbert Durand, en su análisis de las estructuras de lo imaginario, ha llamado la «eufemización del mal»: la repetición de una prueba supone su progresiva superación. Así los peregrinos van afirmándose frente al peligro, venciendo el miedo y el sufrimiento, como los futuros héroes de las novelas caballerescas; superan, por ejemplo, su pavor primitivo en el lomo de la ballena, convertida ya en bestia conocida y propicia, que de un año a otro les ha guardado el caldero donde preparan la comida pascual.

El recorrido de los viajeros no supone en ningún caso el enfrentarse con lo desconocido, sino que ha quedado ordenado en escalas litúrgicas, anunciadas por mensajeros. Cada Navidad la pasan los viajeros en la isla de Albea, saliendo al octavo día de Epifanía, y llegan a Gasconia, el pez-isla, cada sábado santo, para celebrar luego cada domingo de Pascua en el paraíso de los pájaros, permaneciendo allí hasta la octava de Pentecostés.

Esta ordenación del destino —la división del tiempo en ciclos litúrgicos, la del espacio en lugares anunciados— supone una victoria sobre el mal o «*alienitas*», salvando a los peregrinos de los peligros y acechanzas de lo desconocido.

En la ordenación litúrgica del recorrido y reapropiación del tiempo se puede ver también el reflejo de la regla benedictina, cuyas «horas», presentes en el texto, prevén la ubicación sistemática de las actividades humanas en cada momento.

Más que a un hipotético viaje precolombino, la aventura de Brandán apunta a la arquitectura monacal, que afecta o destina a cada lugar una actividad. Así explica W. Braunfels la gran innovación arquitectónica que supuso la regla de San Benito:

«A la regulación de la jornada según un horario le correspondía una regulación por edificios, y sólo la exacta concordancia entre ambas estructuraciones podía dar lugar al monasterio perfecto. Toda actividad debía realizarse en un lugar idóneo, el cual no podía ser utilizado para nada más. Así quedaron ubicados el dormir, comer, trabajar, meditar, lavarse e incluso el hablar.»

Se podría establecer un cuadro de concordancias entre los lugares visitados por los viajeros y las actividades que corresponden a la regla monacal, pero citaré sólo un ejemplo: el lavado de pies a los huéspedes el Jueves Santo, rito que recoge la narración, ubicándolo en la isla de las ovejas, y llamado *Mandét* en el lenguaje de Benedeit, porque se celebraba precisamente en un recinto especial, el *Mandatum*.

Tal distribución litúrgica del recorrido recuerda también otra manifestación de la misma cultura monacal, aquellas primitivas partituras de los responsos y tropos, donde quedaba anotada la ubicación de cada himno, asignado a cada fiesta, a lo largo de deambulatorios y claustros, para enlazar

edificio con edificio en un *Laus perennis*, que sería en el caso de nuestro texto la música celestial del Jardín de las Delicias, monasterio de tal perfección que todavía no la puede captar ni resistir naturaleza humana.

Otro paralelismo apreciable con la vida monacal es el sentido colectivo de la aventura del abad con sus monjes. Al igual que las actividades monásticas suponen congregación centrífuga y centrípeta, de las celdas al refectorio y viceversa, de la misma manera, en el *Viaje*, Brandán y sus compañeros forman bloque en la aventura; precisamente los únicos en no compartir el mismo destino serán los tres intrusos, que no pertenecían al grupo inicial, elegido por el abad en la sala capitular, porque no cabe singularidad o disgregación.

Tal sentido comunitario corresponde al código de la moral guerrera en la época monástica, por oposición al individualismo de la época caballeresca; como lo expone el historiador Georges Duby, no se habla de acciones aisladas, sino de grupos, y sólo se habla de algunos individuos aislados, como puede ser el caso de nuestro santo, por su función simbólica al mando de un grupo.

Así, lejos de ser una búsqueda errante hacia lo desconocido, el viaje de Brandán y los suyos en busca del paraíso se asemeja a una medida y regulada procesión.

No es éste el lugar para extenderse en el análisis de las múltiples redes metafóricas del texto, pero,

por la relación que guarda con lo anteriormente expuesto en este prólogo, y la importancia que tiene en el significado de la obra, aludiré a un campo semántico, dotado de unidad o estructura significativa propia: el de los alimentos.

El carácter maravilloso de la aventura se manifiesta frecuentemente en el relato con la visita de mensajeros y huéspedes, que proveen a los viajeros con víveres, o con la aparición de alimentos milagrosamente preparados, como los deliciosos manjares, que parecían estar esperando a los visitantes en el castillo desierto, y las suculentas viandas, traídas a diario por un misterioso proveedor para los monjes de la abadía de Albea.

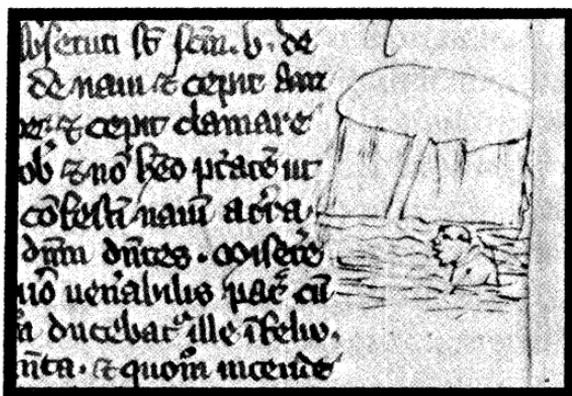
Viveres siempre dispuestos a la medida de sus necesidades gracias al providencial mensajero, que sale siempre al encuentro de los navegantes en cuanto tocan puerto; provisiones almacenadas por su huésped, así como los toneles de agua dulce y la leña para asar la carne, todo medido y previsto en razón exacta del trayecto que les espera; meticulosidad también en la preparación de los alimentos: a diferencia de otras aventuras, que se desarrollan en el bosque, como, por ejemplo, las de *Tristán*, donde los personajes aseguran su subsistencia con alimentos silvestres o salvajes, prevalece aquí lo cocido, o asado, sobre lo crudo.

Estas apariciones del alimento milagroso, que colma a los hambrientos hasta la saciedad, recuerdan la aventura fantástica del Santo Grial, que surgía milagrosamente ante los comensales de la Mesa Redonda.

En el caso de la novela caballeresca, la irrupción



La isla de los pájaros. Ms. alemán de Laud, siglo xv.



Del mismo manuscrito, Oxford Library.

fulgurante del Graal es teatral, diríase con caja de truenos y wagneriana «*avant la lettre*», mientras que en el *Viaje* esta comida milagrosa se tiñe de cierto prosaísmo, y no suelen faltar detalles de ternura, propios de los bestiarios románicos, como la bolsita de algas secas que lleva colgada del cuello la nutria para que el ermitaño pueda asar los peces que le lleva diariamente.

Pero en ambos casos la función asumida por los alimentos es la misma y la aventura fantástica no hace más que desarrollar al pie de la letra la metáfora bíblica de la fe como pasto de hambrientos, pascua del Cordero enviado por el Padre apacentador, y toda la red nutricia del rito pascual.

Son numerosas las referencias bíblicas, especialmente en los Salmos, al agua divina como *fons vitae*, que sacia deliciosamente, nutre y devuelve fuerzas al alma hambrienta, ansiosa de recibir el alimento de la fe, como aquella agua milagrosa con que el ermitaño obsequia a los viajeros, para poder seguir felizmente con su navegación. En los *Salterios de Oxford y de Cambridge*, contemporáneos del texto de Benedeit, encontramos varias referencias al divino pasto, al maná que hace llover el Todo Poderoso sobre el alma hambrienta:

*Del torrent de tes delices abeverras eals.*

(«Saciarás su sed con el torrente de tus delicias.»)

o aquel otro versículo:

*Viandes enveiad a els en saülece.*

(«Viandas les manda hasta la saciedad.»)

Bajo esta noción del agua regeneradora, bebida y alimento sagrado, con su cortejo de metáforas de comunión e interiorización, unidas al trayecto alimenticio en el sentido de felicidad íntima —a la que apuntaba el filósofo Bachelard, al observar que toda bebida feliz es reminiscencia de la leche materna—, subyace el mito de la Edad de Oro, con sus fuentes de eterna juventud, como la que alimenta milagrosamente al anciano-joven, y la fertilidad de sus prados, regados por ríos de leche y goteos de mieles, mezclados en el Jardín de las Delicias como en la poesía mística.

Es decir, que todo este entramado de símbolos refleja aquella cristianización de los mitos de la antigüedad clásica, propia de la cultura monástica, y a la que se ha hecho ya alusión.

Unido al campo de los alimentos que reciben los peregrinos está la serie de recipientes que los contiene: desde la nave, arca alimenticia —etimológicamente derivada de la noción de recipiente, a través de *Arceo*: «contengo»—, como el caldero, donde los viajeros preparan la carne y que dejan abandonado, al huir asustados del lomo de la ballena, pero que les cuida la bestia hasta la siguiente Pascua.

La nave es almacén de víveres, cavidad íntima y materna, casa flotante, universo cerrado, desde donde los navegantes desafían sonrientes a las olas encrespadas de un mundo hostil, con un sentimiento de mansa confianza, que aflora en las ilustraciones de varios manuscritos. El caldero es mitad utensilio culinario, mitad vaso religioso, en la tradición de los calderos de los ritos sacrificiales, antecesores del Graal y del cáliz, desde el culto a la Cibele, el



*Ballena.* Bestiario de Oxford, siglo XII.

caldero sagrado de los druidas, destinado al feliz guerrero, hasta el mandala tántrico y una larga lista, que pasa por brujos y alquimistas.

Está clara la red semántica que une en la narración a la nave, receptáculo alimenticio; la caldera, recipiente para la carne pascual; la ballena o pez-*isla*, donde celebran la fiesta de Pascua. No conviene olvidar la simbología de la Gnosis, desarrollada por los Padres de la Iglesia, en que la Iglesia es Nave y Cristo Pez, y que el nombre del pez-*isla*, Gasconia, procede de la raíz *Iasc*: «pez», común a muchos mitos marinos que reaparecen en nombres étnicos como Gasconia o Vasconia.

Siempre próximo al don en víveres del mensajero divino, aparece en el *Viaje* la promesa de un feliz destino: al recibir los alimentos reciben los viajeros la seguridad de que están en el buen camino; se dan cuenta que viajan por mandato divino al comprobar que es Dios quien provee a su subsistencia, y el alimento divino es a su vez garantía de verdad, como las prendas recibidas por los héroes de los cuentos árabes garantizan la verdad de la visión recibida durante el sueño, como se ha aludido ya, al destacar el carácter iniciático del viaje. Cada escala con su rito alimenticio, prenda divina, es acercamiento a la Verdad, que colmará a los peregrinos, hasta extinguir la apetencia de cualquier otro deseo.

La imagen del Dios-Gran Proveedor es común a muchas religiones, pero aquí, como era de esperar, corresponde al modelo benedictino. Como el prior de la comunidad benedictina, que según los historiadores heredó todas las atribuciones y responsabilidades del *Pater familias* en cuanto a subsistencia, así el

abad Brandán es para los hermanos un verdadero padre, que cuida de ellos «Él era para los hermanos un padre muy tierno», comenta el narrador, al describir la despedida del monasterio, como lo es Dios para sus vasallos en la fe, a los que provee con alimento.

En este aspecto, el poema de Benedeit se puede considerar como un canto de alabanza al Dios-Proveedor, a través de su mediador Brandán y de los demás mensajeros divinos, emparentado con las más antiguas estructuras de la poesía, con sus alabanzas al rey taumaturgo, que provee o proveerá los alimentos, según fórmulas laudatorias, cuyas huellas encontró Georges Dumézil en los himnos védicos y en la poesía latina, reflejo de las instituciones romanas.

Pero aquí, una vez más, el motivo, si bien guarda semejanza con el himno panegírico, sufre los efectos de una cristianización: Dios es alimento, sustento, pasto, en el *Viaje* como en la literatura eclesiástica, los *Salterios* ya citados.

El texto es una larga metáfora alimenticia sobre la regeneración cíclica de unos navegantes-peregrinos, a cuyas necesidades Dios va proveyendo, a lo largo del *iter peregrinationis*. Como todos los que tienen hambre y sed, aquellos bienaventurados vasallos del Señor quedarán saciados en el paraíso, donde les espera la eterna Pascua.

Este significado de la vida como peregrinación terrenal, sustentada en el alimento divino de la fe, viene a sumarse, a nivel casi de exégesis, al principio de circularidad, anteriormente apuntado a propósito del carácter iniciático de la aventura, como centro de

correlación narrativa y temática, y tampoco hay que olvidar que se trata de una concepción propia de la Edad Media, con sus códigos de valores, como el ideal monástico de la regla benedictina o las doctrinas pontificias sobre el orden social, todos basados en una confianza pasiva en el destino del *homo viator*.

Para llegar a armonizar idea y realidad, el hombre, exiliado en el siglo, debe desprenderse de los falsos bienes de este mundo y aventurarse hacia los verdaderos del otro reino. Bipartición, propia de la novela cortés, entre el mundo ideal de la búsqueda y la realidad del mundo de la salida a la aventura, el monasterio, ya mundo de por sí semiideal, por lo que supone de desprendimiento de la realidad circundante.

De hecho varios rasgos narrativos del *Viaje* autorizan a preguntarse si acaso la aventura cortés, antes que en la Mesa Redonda del palacio artúrico, no habría nacido en la sala capitular del monasterio, yendo de la salida colectiva de Brandán con sus monjes navegantes a la búsqueda solitaria de los caballeros de Chrétien de Troyes.

Pero a diferencia de la novela cortés, en la cual el caballero casi siempre vuelve a la corte, donde es acogido por sus pares, aquí no termina la aventura donde empezó, y tras el retorno al monasterio de donde había salido, el héroe vuelve a exiliarse y emprende navegación mortuoria, para encontrarse definitivamente con el objeto de su búsqueda, ya semientrevisto.

Por esta feliz concordancia entre ideal y realidad, el poema de Benedeit está todavía más cerca del

mundo épico. No como en el caso de la isla de San Borondón, que, según la leyenda, «cuanto más se buscaba, menos se hallaba», sino que, como iba contando Brandán a los suyos a la vuelta de su viaje, «al fin encontró lo que había ido buscando», el feliz acabóse de su vida y de la historia en el paraíso, ansiado y hallado.

MARIE-JOSÉ LEMARCHAND.

*Bilbao, marzo de 1983.*

## NOTAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

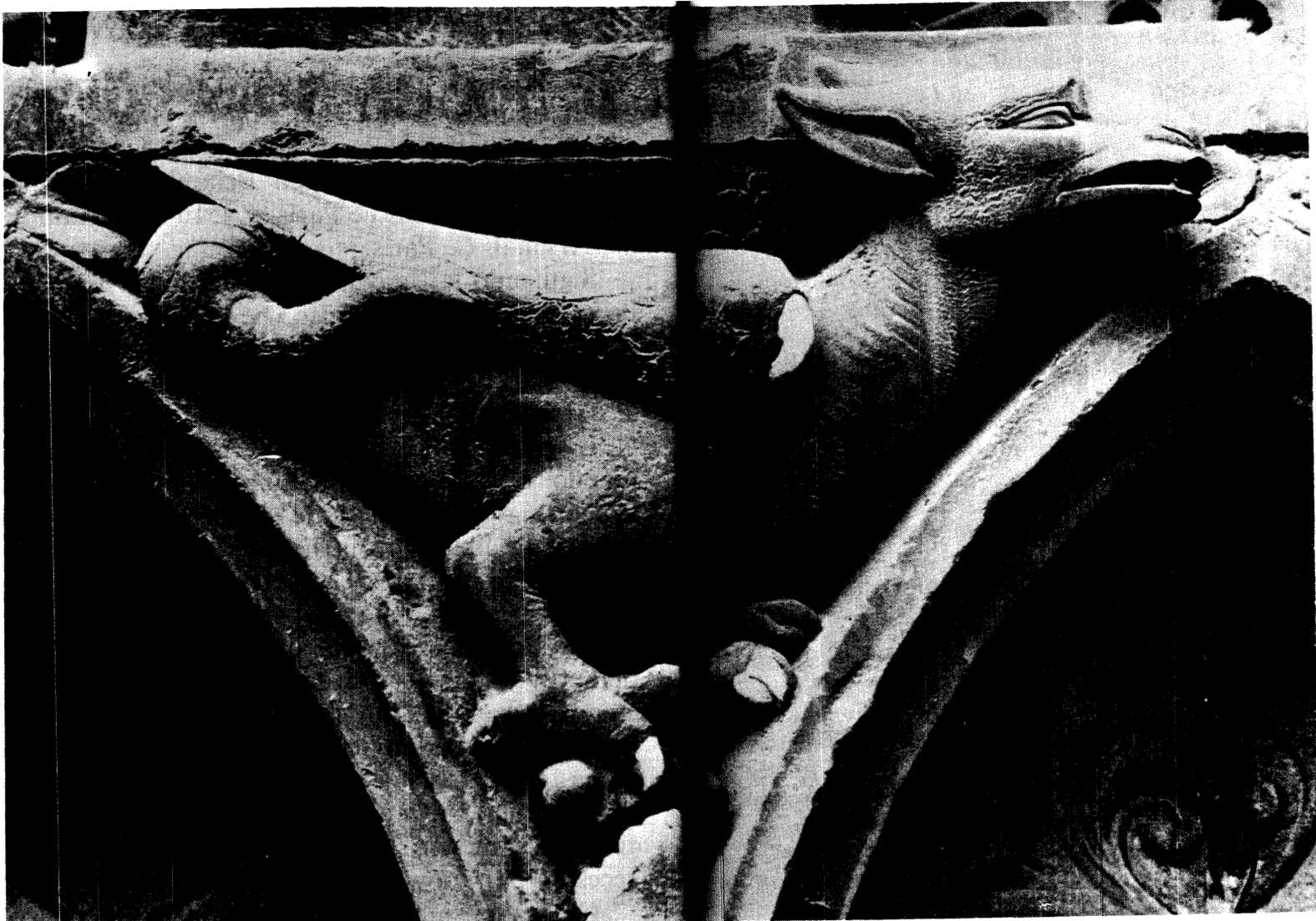
He utilizado para la traducción la transcripción que fue publicada por E.G.R. Waters en Oxford, el año 1928, cotejándola con los manuscritos *Cotton Vesper B x (I)* del Museo Británico, 4503 de la Biblioteca Nacional de París, y 4516 de la Biblioteca del Arsenal, de París.

Siguiendo las mayúsculas iluminadas del manuscrito del Museo Británico, he modificado algunas veces la división de los episodios, para adaptar los cortes narrativos a cambios de tiempo y espacio en la narración.

La adaptación del texto versificado anglo-normando a la prosa castellana es muy respetuosa—demasiado acaso para un lector moderno—con la sintaxis original, porque he querido preservar, hasta donde fuera posible, ciertas construcciones que reflejan esta peculiar visión del mundo.

He introducido pocos cambios en el uso de los tiempos —por desconcertante que resulte hoy—, guiada por el mismo deseo de reflejar al máximo la rápida conmutación de planos, presente-pasado, tan típica de la narración medieval: se trata de un recurso que semeja un efecto de cámara acercándose, cuando el mismo objeto o gesto queda descrito a veces en pasado y presente.

Con la misma fidelidad al contexto de la corte anglo-normanda del rey Enrique *Beauclerc*, he rechazado la castellanización del nombre del autor, *Benedeit* (Benito), y de su héroe, Borondón, dejando el original *Brandán*.



Dragón en el portal oeste de Notre Dame, París.

**D**onna dante la eina  
 par q' ualdrat lei diuine  
 par q' austruat lei de toro  
 remandiat tanta guerre  
 or les armes honri luren  
 par le conseil q' est enter  
 aluet ter mil emil foiz  
 i apostoles danz benedex.  
 ne comandat co ad eus  
 erund sien sens entre co  
 n les cois q' en romanz  
 si ai sud h' veus carmanz  
 o saint Brendan le bon abel  
 nul tal defeur ne seut gabech.  
 n' dit q' se e fait q' peot  
 tel seruans blasmer ne seroc  
 an si q' peot ene uode  
 rez est q' al mult se dole  
 cest seinz den sud nol de real  
 e naitance sud des uest  
 ur co q' sud de regal lu  
 ur oc eueur a noble fin  
 en souit q' le seure dit  
 i de cest mund fut de deit  
 a deu de cel tant en nurat  
 ue p' demander ne sauat  
 ur oc guereit q' est renall our  
 og fall honur p' uest uer  
 ras des cois pur estre vil.  
 n cest seole ai en esil  
 ust elodie elof habe  
 ul sud abel par force esse  
 ar arc de lui mult uirtuent  
 uale ordie bein se turent  
 rel cois sur lui par diuet leul  
 uniel auent b'ndan h' p'ul.  
 e lui p'antz u'oulsample  
 ar la uertud q' est ample  
 i abel brandan p'it enp'ent  
**E**u home q' est de quile g'at leul  
 e g'at amleil e de rustel  
 u' al q' est forno iustol  
 e deu per ue ferent fin  
 ur set ep' trebur seu lin.

MYSEVM  
 BRITAN  
 NICVM

F fel moiz ep' les nist  
 Q uer alrestur est amil  
 S arl de ana en h' p'it calent  
 D me deu per p'it p' suuent  
 Q ue lui multret cel parat  
 V adam sud p'uel alit  
 I cel q' est uolt hermet  
 D un nul fin nel deserret  
 B ien arit q' leor ad g'at gloue  
 Q tal nul dit uare stoue  
 Q arl ne p'ant uoldret uechet  
 D il deuret par deit secheit  
 Q ar par p'it ad' foist  
 P qua 7 les nul foist mist  
 D eu en per renblement  
 C el lui multret uanblement  
 I me q' m'urget uoldret uech  
 Q nul sed h' bon d'urunt auer  
 Q uel lu h' mal auer d'urunt  
 Q uel merz il recourunt  
 F nforpued uechen ouoc  
 F quell p'it auerunt eloc  
 I al fidun q' par ogual  
 I a p'ientent par est osul.  
 D e g'urter deu e la lei  
 H e ent est nen int amur ne fin  
 I co d'urc lui p' est deit  
 V oldret brandan par leure  
 D il se p'uel amleil ou p'ur  
 Q ua un deu set q' esse rent  
 B aruz our num al ermitte  
 Q uel our boue elant uere  
 L i fedez deu en boil elour  
 S rel centz moines o' h' our  
 D elur p'ndiat amleil elof  
 D e lu uoldret auer adof  
 S il h' multret par phisic' dix  
 B call enl'ap'it eboul est'iz  
 Q ual il uit en mer 7 entere  
 D n' son filol ilat quere  
 C o sud q'noc q' sud fette  
 D el lu y' est abel ere  
 Q arl de co sud mult uoluntat  
 Q ue h'at aruz 7 plus s'at'

# *EL VIAJE DE SAN BRANDAN*

## DEDICATORIA

**S**eñora Reina Matilde, tú, gracias a quien prevalecerá la ley divina y se afianzará en esta tierra la ley de los hombres, a ti, que harás cesar tan larga guerra, por la gran prudencia que gobierna tus actos, y gracias a las armas del rey Enrique, te envía sus saluciones y respetos el arzobispo Don Benedeit.

Él ha cumplido con lo que tú le mandaste, y siguiendo el sentido de su historia en latín, ha compuesto en latín y en romance, tal como fue tu encargo, un escrito sobre San Brandán, el buen abad.

Pero tú ahora debes proteger de las burlas a tu servidor, porque, cuando uno afirma que se esfuerza y hace todo lo que puede, es de justicia que no se le haga ningún reproche; aquél en cambio, que puede y no quiere, es justo que pueda sufrir muchos ataques.



# I

## RETRATO DE BRANDÁN

**D**e sangre real e irlandés de nacimiento era aquel santo, elegido de Dios, que siendo de reyes su linaje, iba destinado a algún noble fin, pero pronto hubo de entender lo que dice la Biblia:

«El que de este mundo rehúya el deleite, con Dios gozará de las delicias del jardín celeste, del que tan colmado ha de quedar, que no le apetecerá ningún otro deseo.»

Con esta certeza, abandonó aquel real heredero las falsas riquezas por otros bienes más verdaderos: se vistió de monje, quedando desposeído de bienes terrenales, arrojado del mundo, como al exilio.

Entró en la orden y tomó los hábitos. Luego, pese a su voluntad, le eligieron abad. Por arte suyo, muchos acudieron allí, para observar fielmente la regla: bajo su mando tenía Brandán el piadoso, en distintos lugares santos, tres mil monjes que en todo seguían su ejemplo: tan extendida era la fama de su virtud.

---

Página izquierda: Estatua de San Brandán. Catedral de Clonfert en el Condado de Galway, Irlanda.

## II

### CÓMO NACE EN BRANDÁN EL DESEO DE LA AVENTURA

**E**l abad Brandán, que era hombre de honda inteligencia y juicio muy prudente y ponderado, comenzó a pensar en cierto proyecto, y, con el fervor del que tiene fe, no cesaba de rogar a Dios, por él y por todo su linaje, por los muertos y los vivos —porque él de todos era amigo—, y empezó a desear algo por lo que rezaba a Dios con frecuencia: que tuviera a bien mostrarle aquel paraíso donde Adán estuvo sentado el primero, aquel patrimonio nuestro, del que fuimos desheredados; ya que si bien creía naturalmente que allí estaba la suprema gloria —tal como nos dice la Escritura—, sin embargo, quisiera ver dónde habría tenido derecho a sentarse si Adán no hubiese transgredido la ley; con lo cual no sólo se quedó fuera él, sino también nosotros.

Entonces se puso a rogar a Dios con insistencia, para que el cielo le mostrara de forma tangible, porque antes de su muerte él quisiera saber qué morada corresponderá a los buenos, qué lugar habrán de ocupar los malos, qué premio o castigo recibirán todos.

También le pide que le dejara ver el infierno y qué clase de tormentos padecerán allí estos felones orgullosos, que aquí, en este mundo, se lanzan con todo el atrevimiento a guerrear contra Dios y la ley, y no tienen amor ni fe, siquiera entre ellos mismos.

### III

## CÓMO BARINTO INICIA A BRANDÁN EN LA AVENTURA

Quiere ahora Brandán poner a prueba aquel anhelo divino que le apremia. Reflexiona primero, y luego decide ir a confesar su propósito a un siervo de Dios: Barinto se llamaba aquel ermitaño, que llevaba una vida de santidad y virtuosas costumbres. Vivía en el bosque aquel vasallo de Dios y con él tenía trescientos monjes.

Brandán quiere recibir su apoyo, y así se marcha a recabar su opinión, para luego seguir su consejo.

Varios días le estuvo instruyendo aquel ermitaño de los hermosos hechos ejemplares que había experimentado, tanto en el mar como en la tierra, cuando fue en busca de su ahijado, que se llamaba Mernoc, y era hermano del lugar de donde Brandán era abad.

A Mernoc le entró un inmenso deseo de marcharse a otra parte, a un sitio más alejado. Gracias al abad su padrino, se lanzó a la mar, y no fue vana la aventura, porque llegó hasta ese mismísimo lugar, donde no penetra nadie, salvo los santos: fue en el mar, en una isla, donde no azota ninguna cellisca, donde quedó colmado de este perfume, que sólo exhalan las flores del paraíso.

Tanto se aproximó Barinto a la isla donde Mernoc había arribado, que llegó a ver el paraíso, y hasta llegó a oír a los ángeles. Al ir en su busca hasta aquel lugar vio todas esas maravillas que fue contando luego a Brandán.

IV  
ELIGE BRANDÁN A CATORCE  
COMPAÑEROS DE AVENTURA

**D**espués de oír Brandán el relato de lo que había visto Barinto, todavía cree más en su sabiduría y, siguiendo sus consejos, decide emprender los preparativos de su viaje.

Elige a catorce de sus monjes —los que juzga mejores— y les confía su proyecto: quiere recoger su opinión, saber si ellos creen en tal empresa.

Después de escuchar lo que él les contó se pusieron a comentarlo de dos en dos. Luego se reunió toda la comunidad, y le respondieron, rogándole que emprendiese tan valiente aventura, y suplicándole que les llevara consigo, como a sus hijos afianzados en la fe.

Les respondió Brandán:

«Esto precisamente tengo que deciros: que quiero estar bien seguro de vosotros antes de que os saque de aquí, no vaya a ser que tenga que arrepentirme luego.»

Pero aquellos hermanos juran su compromiso, e insisten que por ellos no se demore el viaje. Entonces, tras escuchar sus razones, coge el abad a los que ha elegido y los lleva a la sala capitular. Allí les habla como hombre de gran sabiduría y prudencia:

«Señorías, lo que estamos proyectando, ignoramos cuán difícil resultará, pero roguemos a Dios que nos guíe y nos lleve hasta donde quiera su buen deseo; y, en nombre del Espíritu Santo, hagamos

ayuno, para que nos guíe: ayunemos durante cuarenta días, tres veces por semana.»

Nadie se demora entonces en cumplir lo que les encarga, ni el abad, día y noche, cesa en sus oraciones, rogando a Dios que envíe a los viajeros, a todo lo largo del camino, la compañía de sus ángeles celestiales. En el fondo de su corazón, desea que todo vaya bien, con la certera confianza de que Dios protegerá la aventura.

Luego se va despidiendo de sus hermanos, para quienes él era un padre tierno. Ya les habló de su viaje y de cómo quiere encomendarse a Dios. Deja a todos a cargo del prior, a quien dice cómo debe cuidarles, y a ellos les manda obedecerle y servirle con toda fidelidad, como si de él mismo se tratara. Después les besa Brandán a todos y se marcha. Lloran con honda tristeza los hermanos, porque su padre no quiere llevarse más que a catorce de ellos.

## V

### BRANDÁN MARCHA HASTA EL FINAL DE LA TIERRA, Y ALLÍ PREPARA SU NAVE

**C**amina Brandán hacia el océano, donde por Dios supo que había de adentrarse, sin echar nunca atrás la mirada hacia los suyos: un lugar más deseado pretende encontrar.

Siguió andando hasta donde la tierra acaba, sin pensar siquiera en hacer ningún alto en el camino. Llegó hasta la roca, que hoy todavía siguen llamando los campesinos el Salto de Brandán —esta roca

brava que allí a lo lejos sobre el océano se extiende como un morro—, y debajo del morro había un puerto, justo donde desemboca un río en el mar, pero era pequeño y estrecho, encajado en el acantilado.

Ningún hombre —creo yo— antes de Brandán se aventuró más allá de aquel acantilado.

Hasta allí hizo traer las maderas con que mandó construir su nave, hecha por dentro toda de fustos de abeto y por fuera envuelta en tiras de cuero de buey. Mandó untarla con grasa, para que se deslizase más veloz sobre las aguas.

Dentro puso todos los útiles que creyó necesarios, y tantos como podía soportar la embarcación, y almacenó también los víveres que habían llevado hasta allí; para cuarenta días, no más, eran los alimentos que guardó en la nave.

Luego dijo a los hermanos:

«Subid a bordo y dad gracias a Dios, porque el viento es favorable.»

## VI

### ACUDEN TRES HERMANOS PARA ROGAR A BRANDÁN QUE LES DEJE COMPARTIR SU AVENTURA

**V**an embarcando todos, Brandán el último, cuando en ese preciso momento llegan tres hermanos corriendo sin parar, y se dirigen a Brandán a voz en cuello y haciéndole señas con las manos:

«De tu monasterio hemos salido, en cuanto nos

enteramos que estabas aquí. ¡Por favor, déjanos, abad, embarcarnos contigo, y contigo, Señor, navegar por la mar!»

Como él los reconoció, los acogió en la nave. Lo que habrá de ocurrir lo estaba viendo ya, y este porvenir, que él, gracias a la ayuda divina, conoce ya, no se lo oculta, sino que les advierte:

«A dos de vosotros se los llevará Satanás, donde moran Abirón y Datán. El tercero padecerá fuerte tentación, pero Dios le prestará buena ayuda.»

Tras aquellas palabras, el abad Brandán, alzando las palmas hacia el cielo, pidió a Dios de todo corazón que guarde de la tormenta a sus vasallos. Luego, con la mano diestra, el santo sacerdote hizo sobre todos ellos la señal de la cruz.

## VII SALIDA Y PRIMERA NAVEGACIÓN

**V**an alzando el mástil, van izando la vela y suavemente se hacen a la mar los vasallos del Señor. De Oriente les llega el viento, que les va llevando hacia Occidente. Todo lo conocido van perdiendo de vista, salvo el mar y las nubes.

Por querer apurar el buen viento, no descansan sus fatigados cuerpos, singlando con la vela, sino que se agotan remando, con el deseo de avanzar más aprisa, para ver cuanto antes la meta que tienen delante.

Así estuvieron navegando quince días, hasta que se paró el viento; entonces se asustaron todos los

hermanos de que les fallara el viento. Viendo su temor, el abad, a quien nunca falta el valor, les amonesta con estas palabras:

«Poneos bajo mando divino, y que no se asuste nadie. Cuando tengáis viento, con la vela singlad, pero cuando no haya viento, remad entonces.»

Ellos se ponen a los remos, echando de menos la gracia divina, porque no saben hacia dónde ir, ni qué cabos deben soltar o tensar, ni cómo gobernar el timón, ni hacia qué rumbo navegar.

Pasó todo un mes entero sin viento, y sin que soltasen los remos. Cumplieron con gran coraje todos los hermanos, y pudieron con la prueba, sin ningún falló, mientras duraron las vituallas. Pero, al faltarles los víveres, fueron perdiendo fuerza, quedando presos de una gran angustia.

## VIII LOS VIAJEROS ANDAN EN BUSCA DE UN PUERTO

**C**uando andan muy necesitados de ayuda, Dios nunca se aleja de sus vasallos: por esto no se debe perder la confianza, y quien emprende el camino de divino encuentro, que se esfuerce todo lo que pueda, que Dios le proveerá de todo cuanto tenga menester.

Una tierra, larga y alta, divisan ahora. El viento les llega sin decaer, y tan agotados están de remar a duras penas, que hasta allí se dejan llevar sin el mínimo esfuerzo.

Pero no encuentran ninguna entrada donde su nave pudieran anclar, porque estaba rodeada de rocas donde nadie se atreviera a subir.

Altos son los acantilados, alzando sus crestas, colgados encima del mar, extendidos hacia la lejanía. Rompen las olas contra las rocas, que han ido horadando, y resulta un lugar muy peligroso.

A barlovento, a sotavento, anduvieron en busca de un puerto, y estuvieron tres días buscándolo, hasta encontrar uno, donde echaron el ancla. Aquel puerto había sido tallado en la misma caliza blanquecina del acantilado, quedando en la pálida roca un refugio donde sólo cabía una nave.

## IX EL CASTILLO DESHABITADO

**D**ejan amarrada la nave, desembarcan todos y van siguiendo un camino, que les lleva a buen lugar: conduce derecho a un castillo, tan grande, tan hermoso y lleno de riquezas, que parecía residencia real o riquísimo feudo de algún emperador.

Al penetrar dentro de las murallas, todas talladas en duro cristal, ven un palacio, cuyas mansiones estaban todas edificadas con mármol; ninguna estaba hecha de vulgar madera.

Deslumbrados quedaron por las piedras preciosas, engastadas con oro en las paredes, pero una cosa singular les desagradó y es que en aquella ciudad no había ni un sólo hombre.

Van mirando desde fuera el altivo palacio, y despacio se adentran en él con sigilo.

Ya ha entrado Brandán en una sala palaciega y se ha sentado en un banco. A nadie ha visto, aparte de los suyos, y ahora empieza a hablar con ellos y les dice:

«Id a ver aquellas cocinas y buscad si allí hay algo de lo que nos es menester.»

Ellos fueron y justo hallaron lo que más les apetecía, es decir, provisiones de viandas y gran abundancia de bebidas, servidas en vajilla de oro y plata, preciosa toda ella y muy valiosa. Así encuentran en abundancia todo lo que querían, precisamente en el lugar donde han entrado.

Les dijo el abad:

«Traednos algo, pero no cojáis demasiado, os lo prohíbo, y que cada uno ruegue a Dios, para no faltar a su fe.»

Con estas palabras, el abad había querido hacer a los hermanos una advertencia, porque bien sabía lo que había de ocurrir.

Entonces van trayendo ellos bastantes viandas, pero sin prestarse a ningún desarreglo: comieron a gusto cuanto quisieron, pero lo justo, a la medida del hambre.

No se olvidan de alabar a Dios y cantan acciones de gracias. Luego se toman la libertad de hospedarse allí, y, como ha llegado la hora, se van a descansar.

## X EL GRIAL ROBADO

Cuando todos los viajeros se encontraban dormidos, he aquí que de repente Satanás sedujo a uno de ellos, infundiéndole el deseo de coger a hurtadillas alguna pieza de oro, entre todo aquello que allí había visto amontonado.

Despierto el abad, estaba viendo perfectamente cómo el diablo iba induciendo a aquél en la tentación, cómo le iba ofreciendo un grial de oro, de una riqueza extraordinaria, como no la hay en ningún tesoro. Se levantó aquél para cogerlo y lo guardó furtivamente en un arca. Una vez cometido el hurto, volvió a acostarse en el aposento.

Todo había visto el abad desde el lecho donde descansaba: por más que quedase todo a oscuras, él había seguido aquellas andanzas nocharniegas del hermano (sin candil todo lo había visto, porque, cuando Dios algo quiere mostrar, no necesita iluminarlo con un cirio).

Allí se hospedaron durante tres días, y al cuarto se marcharon. Entonces les exhortó Brandán:

«Queridos señores, os lo ruego, de aquí no os llevéis nada, ¡ni una miga de esas viandas, ni siquiera agua para la sed!»

Y rompiendo a llorar, les dijo a los hermanos:

«Mirad, señores, ¡éste es un ladrón!»

Aquél se dio cuenta que Brandán sabía lo del hurto y le había reconocido. Entonces se decide a confesarlo todo, y a los pies del abad espera el perdón.

Les dice su abad:

«Rezad por él, porque hoy mismo habéis de verle morir.»

De repente, justo delante de todos, perfectamente visible, sale el diablo gritando:

«Vamos, Brandán, ¿se puede saber por qué me echas de mi casa?»

Brandán va diciendo al hermano todo lo que quiere, le concede el perdón y le absuelve. Justo después de recibir la comunión, delante de todos, le sobreviene la muerte.

Su alma se va al paraíso, con el sosiego que Dios le ha concedido. A su cuerpo dieron sepultura, rogando a Dios le tenga en su guarda.

Esto fue justamente lo que pasó con uno de aquellos tres compañeros, a los que el padre había acogido en la nave.

## XI

### LOS VIAJEROS RECIBEN LA VISITA DE UN MENSAJERO

**V**olvieron los viajeros hacia la orilla y el puerto. Allí mismo les llega de pronto un mensajero; él les trae pan y bebida y les ruega que acepten estos dones. Después les advierte:

«Cualquier peligro que veáis, seguid confiados; cualquier cosa que surja, no tengáis miedo: Dios os dará feliz destino, y gracias a la bondad divina habéis de ver aquello que vais buscando. En cuanto a los víveres, no os asustéis por no tener bastante

aquí ahora: no os faltarán en cuanto lleguéis a aquel lugar, donde más habéis de recibir.»

Les entrega entonces los víveres, y, saludándoles con una profunda reverencia, se marcha sin añadir palabra.

Ahora es cuando se dan cuenta los servidores de Dios que ellos viajan por mandato divino; ya lo han comprobado con toda certeza, gracias a ese milagro que acaban de presenciar: ellos han descubierto que es Dios quien provee a su alimento, y nadie cesa en sus alabanzas.

## XII LOS VIAJEROS ARRIBAN A LA ISLA DE LAS OVEJAS, DONDE LES VISITA OTRO MENSAJERO

**S**inglan con el viento, bogan adelante, siempre acompañados con escolta divina.

Gran parte del año llevaban navegando y aguantando terribles sufrimientos con milagrosa energía, cuando de pronto ven tierra delante de su esperanza. En cuanto empiezan a divisarla en la lejanía, rumbo a ella dirigen la nave, y ya nadie boga lentamente; sueltan cabos, arrian velas, arriban y saltan a tierra.

Ante sus ojos, ovejas a manadas, cada una con su blanco vellocino, de un tamaño tan grande como los ciervos por nuestras landas.

El abad les explica:

«Señores, de aquí no nos moveremos hasta dentro de tres días. El jueves es el día de la cena en que

el Hijo de Dios sufrió gran pena. Él es para nosotros un dulce amigo, atento y cariñoso, que generosamente nos ha mandado todo lo preciso para celebrar su fiesta. Id arrastrando la nave, para traerla hasta aquí, y coged una de esas ovejas: la aderezaréis el día de Pascua. Pidamos a Dios nos dé para ello licencia, porque nosotros no podemos encontrar otra cosa.»

Ellos han hecho lo que les mandó y se quedan allí tres días. El sábado ya les llega un mensajero, que les saluda en nombre de Dios.

Aquel mensajero tenía el pelo canoso, pero juvenil la mirada. Muchos años llevaba viviendo allí, sin padecer mal ninguno. Pan les trae de su país, una blanquísima hogaza de un pan finísimo, y les promete que, si alguna cosa les hiciese falta, de todo les proveerá.

El abad le preguntó sobre aquel lugar. Yo no sé si por no atreverse, pero su primera contestación fue muy parca, y sólo le dijo:

«Bastante tenemos si sabemos pensar con el corazón.»

«Oiga —insistió el abad—, unas ovejas hay aquí como yo no he visto tan grandes en ninguna parte.»

Entonces le contesta el otro:

«No es extraño: a estas ovejitas no hay que ordeñarlas nunca; ni el invierno las castiga, ni enferma ni muere ninguna.»

»Hacia aquella isla que ves allí, embárcate, Brandán, y singla. Esta misma noche llegarás a aquella isla, y allí mañana celebrarás tu fiesta. Mañana al anochecer habéis de volver. ¿Por qué tan pronto? Ya lo veréis. Luego regresaréis, y sin exponeros al peligro, navegaréis dando bordadas, muy arrimados

a la costa. Luego, a otro lugar habéis de ir, donde yo iré también y os alcanzaré, muy cerca de aquí; allí iré a vuestro encuentro, para abasteceros con suficientes víveres.»

Sin llevarle la contraria, Brandán emprende singladura hacia la isla, que divisa perfectamente.

Como le llevaba viento favorable, llegó pronto, pese a haber tenido que atravesar un mar muy extenso: así camina el que Dios lleva.

### XIII FIESTA EN EL PEZ-ISLA

**S**in pasar apuro ni tropezar con ningún escollo arriban a tierra y desembarcan todos los hermanos, salvo el abad, que se quedaría a bordo.

Por la noche y por la mañana estuvieron celebrando un hermoso oficio, lleno de fervor, y después de servir el oficio en la nave, como si de una iglesia se tratara, cogieron, para guisarla, la carne que habían guardado en el barco, y luego fueron a buscar unas leñas con que asarla a tierra.

Cuando estuvo aderezada la comida, les avisó el veedor:

«Ahora, sentaos.»

Entonces, de pronto, todos se pusieron a dar gritos:

«¡Ah, señor abad! ¡Venga a salvarnos!»

Y es que la tierra toda temblaba y se iba alejando mucho de la nave.

El abad les habla:

«No temáis, sino pedidle auxilio al Señor. Coged todas nuestras provisiones y subid al barco a mi lado.»

Él les tira una pértiga y cuerdas muy largas, pero aún así se les moja la ropa.

Todos los viajeros ya han embarcado, pero aprisa va su isla desapareciendo, aunque a diez leguas pueden divisar con toda nitidez el fuego que habían encendido en ella. Fue cuando Brandán les dijo:

«¿Sabéis, hermanos, por qué habéis pasado tanto miedo? Es que hemos celebrado nuestra fiesta no encima de tierra firme, sino en el lomo de una bestia, un pez de mar, y de los más grandes. No os extrañe esto, señores: Dios os quiere llevar de tal modo que os enseñe todo lo habido y por haber, y cuantas más maravillas suyas veáis, más fe tendréis luego, más firmemente creeréis y temeréis y mejor seguiréis sus mandamientos.

»Esta bestia fue creada por el rey divino, en primer lugar, antes que los demás peces del mar.»

Cuando Brandán hubo terminado de hablar, ya llevaban recorrido un buen trecho de mar. Una tierra, alta y clara, ven entonces, tal como se lo había anunciado aquel mensajero.

#### XIV CONCIERTO EN EL PARAÍSO DE LOS PÁJAROS

**P**ronto llegan y arriban, sin buscar otra entrada para desembarcar, y sin que les asalte ninguna duda empujan el barco hacia tierra, y desde la orilla,

con cuerdas, despacio lo van arrastrando, para remontar el curso de un riachuelo.

En las fuentes de aquel río había un árbol, tan blanco como el mármol, de anchísimas hojas, moteadas de rojiblanco. Tan alto ante la vista se alza aquel árbol que parece subir por encima de las nubes. Desde la copa hasta la tierra, desparramadas están sus ramas, que amplias se abren al aire. Llega lejos su sombra, que del resplandor protege, en toda su fronda se asientan blancos pájaros, como nadie nunca vio tan bellos.

Ante tal maravilla, queda sorprendido el abad, y ruega a Dios, su consejero, que le aclare de qué se trata, a qué se debe tal cantidad de pájaros, cuál puede ser este lugar a donde han venido a parar: que todo esto tenga la bondad de explicárselo.

Cuando hubo terminado su oración voló hacia él uno de los pájaros; sus alas revoloteaban tan suavemente como el tintinear de una campanilla; vino a posarse encima de la nave y Brandán le habló con gran dulzura:

«Si tú eres criatura divina, te ruego que cuides de mis días. Dime primero quién eres, y qué hacéis en ese lugar, tú y todos aquellos pájaros de tan extraordinaria belleza.»

Le responde el pájaro:

«Somos ángeles, y antaño en el cielo habitábamos. De tan alta morada, hemos caído tan bajo, junto con el orgulloso, con el miserable, que se rebeló por soberbia, que en mala hora se alzó contra su Señor. Nos había sido asignado como maestro: nos tenía que haber sustentado con virtudes divinas, pues tan grande era su sabiduría, que de servirnos de

maestro tenía obligación. Por soberbia, aquél se volvió felón, se puso a despreciar la palabra de Dios.

»Aun después de cometer aquel atropello, nosotros le seguimos obedeciendo, y con ello no hicimos otra cosa que comportarnos como servidores. Por aquella conducta, fuimos desheredados del reino de la verdad, pero, como no ocurrió por culpa nuestra, gozamos de cierta gracia divina: no sufrimos la misma pena que los que fueron tan orgullosos como aquél; no padecemos otro sufrimiento que la pérdida de la gloria majestuosa, la ausencia de la alegría divina. El nombre de ese lugar, por el cual has preguntado, es el Paraíso de los Pájaros.»

Y siguió diciéndoles el pájaro:

«Un año hace que las pruebas del mar venís aguantando, y faltan todavía otros seis hasta que al Paraíso lleguéis. Muchas penas y males sufriréis en el océano, rumbo al norte, rumbo al sur, y cada año celebraréis encima del gran pez la fiesta de la Pascua.»

Después de estas palabras volvió a posarse encima del árbol, de donde había volado.

Hacia el atardecer, cuando empieza la luz a declinar, los pájaros forman un coro. Cantando con voces muy dulces, dan gracias a Dios con su canto, por el gran sosiego que en su exilio les han aportado estos viajeros: nunca hasta aquel día les había enviado el Rey soberano compañía de criaturas humanas.

Dijo luego el abad a los hermanos:

«Ya habéis oído con qué gozo aquellos ángeles nos han acogido. Alabad a Dios y dadle gracias: os quiere más de lo que pensáis.»

Dejando el barco amarrado en el canal, se ponen

a comer en la orilla. Luego cantan el oficio vespertino con preciosas melodías. Después se tumban en sus lechos y a Jesús se encomiendan. Duermen con el sueño profundo del que está agotado tras afrontar tantos peligros. Sin embargo, antes del alba, con el canto del gallo, no dejan de celebrar maitines, y a sus responsos se mezcla con sus modulaciones el coro de los pájaros.

## XV PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO AÑO

Con el primer sol de la clara madrugada han visto llegar al vasallo de Dios. Aquél, que les va guiando e instruyendo, que les provee con víveres, les ha dicho:

«Os encontraré abundante vitualla, que os bastará sin apretura, hasta la octava de Pentecostés. Luego descansaréis de vuestras fatigas, quedándoos aquí alrededor de dos meses.»

Luego se despidió y se marchó, y al tercer día reapareció. Todos los días de la semana aquél visitaba dos veces a la compañía. Ellos se pusieron bajo su mando e hicieron todo cuanto les dijo.

Al acercarse el momento de su salida se preocupan de calafatear el barco, cosiendo todo alrededor pieles de bueyes, pues las que tenía todas se habían gastado. Bastantes y de sobra les quedan para poder reparar el barco entero. También se abastecen de todo en abundancia, para no perecer a falta de algo. El mensajero les va entregando pan y bebida, por

encima de sus necesidades: él ha contado todo como para ocho meses enteros, y ya no puede resistir más carga la embarcación.

Cuando todos se han despedido de su huésped con un beso, van subiendo a bordo. Con lágrimas en los ojos, aquél les señala el rumbo hacia donde han de navegar.

De pronto el pájaro se ha posado en el mástil y le dice a Brandán que se haga a la mar ya. Le advierte que le espera largo recorrido, que tendrá que soportar duras pruebas, y ocho meses enteros habrán de esperar, para poder tocar puerto, antes de llegar a la isla de Albea, donde habrán de estar para la Navidad.

En cuanto terminó de hablar empezó inmediatamente a avanzar sola la barca, veloz bajo el viento.

Van bogando los viajeros con rápida singladura, agradeciéndole a Dios tan buen viento.

## XVI LA ISLA DE ALBEA

Va cogiendo fuerza el viento, y muy a menudo temen los viajeros al peligro de la tormenta. Al cabo de cuatro meses divisan una tierra, pero conquistarla les va a ser dura empresa.

Al sexto mes, sin embargo, vieron cerca el fin de tanta dificultad. Allí arriban, pero siguen todavía sin encontrar ninguna entrada. Durante cuarenta días dan vueltas bordeando antes de poder refugiarse en algún puerto, porque ante ellos sólo se alzan rocas y



*Ballena.* Bestiario de la Biblioteca de Bodleian. Oxford, siglo XII.

ICI EST ENFERM LES PORTES :



«He aquí el infierno y el ángel que cierra la puerta», reza la inscripción.

Pintado en Inglaterra a mediados del siglo XII.



*Del árbol que hablan en la India (árbol de los pájaros). Bestiario de Oxford.*

altas montañas. Algo más tarde encuentran un hueco, un estuario, que les va a servir de puerto. Van navegando ría arriba y despacio, porque todos están agotados.

Luego les dice el abad:

«Desembarquemos y busquemos todo cuanto necesitan nuestros cuerpos.»

De uno en uno, el abad con sus compañeros, todos van saliendo.

De pronto encuentran una fuente de dos manantiales, de agua clara el uno, turbia el otro, y corren hasta allí, sedientos. Les advierte el abad:

«Deteneos, os prohíbo correr a beber de ese agua, antes de que hayamos hablado con gente de este lugar. No sabemos de qué naturaleza es el agua de los manantiales que hemos descubierto.»

Con estas palabras del abad se asustan y van refrenando su sed acuciante.

De pronto acude corriendo con mucha prisa un anciano, de muy alta estatura. De no haber sido por su hábito —pues de un monje se trataba— se hubiesen asustado, pero él, sin mediar palabra, se deja caer a los pies de Brandán, que le ayuda a levantarse. El anciano saluda con una profunda y humilde reverencia, y empieza a dar abrazos al abad y a todos; luego le coge a Brandán por la diestra, para llevarle, haciendo señas a los demás, como para que vengán y le sigan, para visitar un lugar digno de verse.

Al caminar, el abad le ha preguntado cuál puede ser ese sitio a donde han llegado, pero aquél sigue callando y no contesta: sólo les guía con alegre dulzura.

Después de recorrer un largo camino, ven de repente adonde les conduce: una hermosísima y riquísima abadía, como no hay tan santa bajo el cielo.

El prior de aquel lugar manda sacar sus tesoros y reliquias: las cruces, los relicarios y los libros; misales alhajados con amatistas, con piedras preciosas de muchos quilates, todas engastadas con oro; los incensarios de oro macizo e incrustaciones de gemas; las casullas de oro puro —como tan brillante no hay ni en Arabia—, con rubíes y ágatas sardas —enormes y todas de una pieza—, con sus broches, todos rutilantes con jaspes y topacios.

Vistiendo tan brillantes ornamentos, todos los monjes han salido con su abad. Con gran alegría y dulzura desfilan sus señorías en procesión, y de uno en uno, todos se han besado; luego cada uno coge a un huésped de la mano y van llevando hasta la abadía a Brandán y su compañía.

Allí celebran un oficio, hermoso pero aligerado —no querían recargarlo—; luego se van a comer al refectorio, donde todos, salvo el lector, se quedan callados.

Delante suyo tienen todos una sabrosísima hogaza de pan tierno y blanco y unos manjares de suculentas carnes con verduras, todo a saciedad. Toman también una bebida exquisita: una mezcla de agua y vino, endulzada con miel.

Una vez restaurados se levantan y se van, cantando versículos, hacia el monasterio. Suben hasta el coro, cantando los versos del *Miserere*, todos los hermanos salvo aquellos que han estado sirviendo la mesa: ahora les toca a ellos sentarse en el refectorio.

Después de que tocase la campanilla y que terminasen de cantar, el abad se los lleva afuera y ahora les va hablando sobre los demás y sobre él también, explicándoles quiénes son, cómo y desde cuándo están aquí, de quién y de qué modo reciben víveres, contándoles lo siguiente:

«Aquí estamos unos veinticuatro, que compartimos ese hogar. Hace ochenta años que murió San Albán el peregrino. Él era un hombre muy rico, dotado de un inmenso feudo, pero todo lo abandonó por este lugar. Cuando él se retiró en algún paraje secreto, de pronto se le apareció un mensajero divino, y aquí le trajo, donde edificado encontró ese monasterio, que hoy aquí sigue. Nosotros, cuando nos enteramos, desde distintos sitios, que en este lugar vivía Albán el piadoso, vinimos en nombre de Dios a reunirnos con él, al que mucho hemos querido. Le hemos servido mientras vivió y como prior le hemos obedecido. Después de que nos haya enseñado la regla y nos haya asentado con toda firmeza, Dios se lo llevó a su lado: hace ochenta años que murió.

»Desde entonces Dios nos ha asistido tanto que no nos ha sobrevenido ningún mal, ninguna enfermedad a nuestro cuerpo, ni pena ni amargura. De Dios nos fueron llegando, sin saber cómo, los víveres que tenemos. Aquí nos van trayendo —sin que de ello se encargue ningún mozo, ni veamos a quien nos provee—, pero cada día encontramos preparado, sin tener que pedirle a otra parte, una hogaza de pan para dos, todos los días laborables; los días festivos tengo la mía entera para tomar con la comida, pues cada uno recibe la suya. De los dos manantiales que

habéis visto —de los cuales por poco hubieséis bebido—, fría está la fuente clara, y de ella bebemos, caliente la turbia, y con ella nos lavamos. En las horas en que lo necesitamos recibimos lumbre en nuestras lámparas; para el calor que da este fuego, no se consume ni cera ni aceite: solo se enciende, sólo se apaga, y no tenemos a ningún hermano que lo cuide.

»Aquí vivimos sin desasosiego, ignorando qué es vida dura. Antes de que nos enteráramos de vuestra llegada, Dios quiso que dispusiéramos de alimentos para vosotros, y nos proveyó con el doble que de costumbre: ahora entiendo que era porque quería recibirnos.

»Al octavo día de Epifanía saldréis de aquí a primera hora; permaneceréis hasta entonces, pero cuando llegue ese día habréis de marcharos.»

Entonces habla Brandán:

«No existe lugar más entrañable donde más a gusto deseara quedarme.»

Contesta el prior:

«Habrás de salir en busca de lo que te hizo dejar tu tierra. Luego volverás a tu país: por eso morirás donde naciste. De aquí saldrás la semana de la octava de Epifanía.»

Cuando llegó el día fijado por el prior, Brandán se fue despidiendo: un monje al otro va llevando, y andando tras el prior, toda la comunidad les acompaña.

Los viajeros se echan a la mar y pronto reciben un viento divino, que les aleja de la isla de Albea.

XVII  
CON UNA BEBIDA DE HIERBAS  
QUEDAN ENLOQUECIDOS  
LOS COMPAÑEROS DE BRANDÁN

Mucho tiempo llevan los viajeros recorriendo la mar, con larga singladura, pero sin ver tierra hacia ningún rumbo. Les falla el viento, los víveres les llegan a faltar, crece el hambre y la acuciante sed, y la mar se ha quedado tan quieta y espesa que su navegación se hace muy penosa: se ha vuelto fangosa como una marisma, hasta tal punto que temen estancarse.

Dios les ayuda a salir, gracias a una fuerte brisa, y pronto distinguen la orilla de una tierra —se dan cuenta, los pobres hambrientos, que son muy queridos de Dios—; por eso, en seguida encuentran un puerto, tal como les ha sido destinado.

Justo delante suyo tienen un río claro, lleno de peces, que van cogiendo por centenares. También se toman una bebida de hierbas, cogidas alrededor de la ciénaga. Les advierte el abad:

«No os descuidéis, bebiendo demasiado y sin medida.»

Pero aquéllos tomaron hasta saciar su sed, sin dar crédito a sus palabras, y tanto bebieron luego a escondidas que parecían enloquecidos, porque les atacaba el sueño y de golpe se derrumbaban al suelo.

Por haber bebido demasiado, yacía prostrado uno un día, otro dos, otro tres días enteros. Brandán iba rezando por sus monjes, a los que veía todos enajenados.

En cuanto recuperaron el sentido, los hermanos se tuvieron por locos del todo.

Les dijo su abad:

«Huyamos de ese lugar, para que no caigáis más en olvido, porque más vale padecer hambre y guardar el honor que olvidarse de invocar al Señor.»

## XVIII TRES ISLAS VUELTAS A VISITAR

De aquellos parajes se han ido alejando, veinte días navegando en la mar, hasta el Jueves Santo: aquel preciso día distinguió el padre Brandán la misma tierra donde habían desembarcado justo un año antes.

Y allí mismo llega de pronto su huésped, el anciano canoso. Él ya ha dispuesto en el puerto una tienda, donde alojarles, y allí ha bañado a los agotados viajeros y les ha preparado ropa nueva. Después del lavado de pies celebran la cena, tal como manda la Escritura, y se quedan allí hasta el tercer día.

El sábado se marchan y emprenden singladura hacia el pez-isla.

De pronto les dice el abad:

«¡Desembarquemos!»

Y ellos vieron entonces el caldero que habían perdido el año anterior: Gasconia, la bestia, se lo había guardado, y al volver a la misma isla lo han encontrado encima de su lomo.

Más seguros se sienten esta vez, para celebrar encima de la bestia una fiesta más hermosa.

Toda la noche, hasta bien entrada la madrugada, no cesaron de festejar, celebrando el día de Pascua, sin olvidarse de cantar las horas.

Cuando dieron las doce ya habían vuelto a cargar el barco. Despacio y apurando el tiempo suben para embarcarse.

Puso rumbo el santo varón hacia la isla de los pájaros, donde antes habían estado, y llegaron rápidamente.

Ya han divisado el blanco árbol y en sus ramas los pájaros. Desde lejos, en la mar, han venido oyendo cómo les agasajan los pájaros: no cesaron en sus cantos hasta que arribaron los marineros.

Van arrastrando el barco ría arriba, hasta el lugar donde hace ahora un año echaron anclas. Ahí pronto llega su huésped, con la tienda preparada y su nave cargada de víveres. Les va explicando:

«Aquí os vais a quedar alguna temporada. Yo, con vuestra licencia, me despido; vosotros permaneceréis aquí descansando, hasta la octava de Pentecostés. No temáis, no me demoraré, y en cuanto lo necesitéis acudiré en vuestra ayuda.

Dejan el barco amarrado con cadenas, y allí permanecen durante ocho semanas.

Cuando ya se iba acercando el momento de su salida, de repente se ha alzado al aire uno de los pájaros, cernido el vuelo encima de los viajeros, para luego posarse en la verga.

Brandán se ha dado cuenta de que querrá hablarles el mensajero, y manda callar a todos; aquél les va explicando:

«Señorías, cada año de los siete de vuestro viaje, aquí volveréis una temporada. En la isla de Albea

permaneceréis para pasar cada Navidad. El lavado de pies y la cena celebraréis donde os mandó vuestro huésped, y en el lomo de la bestia, cada año, festejaréis la Pascua.»

Después de estas palabras volvió a posarse en la cima del árbol, de donde había alzado el vuelo.

En la mar profunda se pone a flote la nave. Cada uno aguarda al huésped, que no ha de tardar: ahí justo llega su barca llena de víveres, abundantes provisiones de mucho valor, que irá descargando de una nave a otra. Luego invoca al Hijo de María para que guarde a esta compañía. Fijan plazo para la vuelta, y al separarse se deshacen en lágrimas.

## XIX

### JUSTA DE LAS SERPIENTES MARINAS

**N**avegan los viajeros con viento de popa, así empujados hacia occidente, pero está el mar como dormido o muerto, lo que les hace muy difícil la singladura.

Al cabo de tres quincenas de estar navegando con tanto apuro, el frío va recorriendo sus venas, y les invade una gran angustia, porque su barco anda a la zozobra: tan escorada está la embarcación con la tormenta que poco falta para que dé la vuelta con ellos.

Fue entonces cuando algo les sucedió, que les asustó más que cualquiera de las pruebas sufridas hasta el momento. Vieron cómo se les echaba encima una serpiente de mar, que les iba persiguiendo, más rápida que el viento.

Del fuego que echa, abrasa como la boca de un horno, con tan alta y ardiente llama que les hace temer la muerte. Desmedido tiene el cuerpo, y muge con más fuerza que quince toros. Ante el sólo peligro de sus colmillos, hasta mil quinientos combatientes hubiesen huido. Son tan altas las olas que desplaza, que no necesita más para armar toda una tempestad.

Cuando se acercaba el monstruo a los peregrinos, Brandán les habló como un verdadero hombre de fe:

«Mis buenos señores, no empecéis a asustaros, que ello provocaría el enojo de Dios. Sólo por un loco temor, no vayáis a perder la confianza divina y vuestro feliz destino, pues quien toma a Dios por guía no debe asustarse por el mugido de una bestia.»

Después de pronunciar estas palabras empieza a rezar. Lo que oró se cumplirá sin demora: pronto ven llegar a otra bestia, que bien ha de resistir a la primera. A medida que ésta se va acercando al barco, le persigue la otra, mugiendo con rabia; aquella guerrera ya ha reconocido a su enemiga y suelta el barco, echándose hacia atrás para enfren-társele.

Con las cabezas muy erguidas, las dos bestias se hacen frente para la justa. Fuego les sale por las narices y va volando hasta las nubes. Con las aletas y con las patas se golpean como con escudos. Con colmillos cortantes como espadas se van desgarrando, hiriéndose a estocadas. De tan salvajes dentelladas brota la sangre que dejan los colmillazos en tan colosales cuerpos. Ensangrentadas quedan las olas, con heridas tan profundas.

Violenta fue la batalla. Gran tumulto se hizo en la mar. Al fin venció la última guerrera, al dar

muerte a la primera; tan fuertes colmillazos le asestó, que la dejó lacerada, partida en tres trozos. Después de cumplir con su venganza se volvió a su morada.

No debe desesperar el hombre, sino aseverar su fe, viendo con qué prontitud Dios encuentra ropa y víveres, y le ayuda a salir del peligro, arrancándole a tantas muertes.

Dijo el abad a los suyos:

«A tal Señor, bien se le debe servir: dejémoslo todo en Sus manos.»

Aquéllos respondieron:

«De muy buena gana le serviremos, porque sabemos bien cuánto nos quiere.»

Al día siguiente apareció tierra a la vista, y confiaban que ya pronto podrían desembarcar.

## XX

### COMO QUEDAN A SALVO LOS VIAJEROS DE LA TORMENTA Y DEL HAMBRE

**P**ronto arriban a aquella tierra, y desembarcan para descansar sus castigados cuerpos. Después de poner el barco a seco, en un prado van montando su tienda.

Nada más llegar los viajeros empezaron las tormentas. Ya sabía Brandán, por el aire lluvioso, que el tiempo se iba a volver muy desagradable.

Se ha levantado un viento hostil, que va arreciando, y les faltan los víveres; pero ellos ya no se asustan con cualquier peligro que surja: tanto les ha

sermoneado el abad, y tanto les ha colmado Dios, a todo lo largo del viaje, que ya de nada desconfían.

Al poco rato, no tardó en aparecer la tercera parte del monstruo marino. Tan encrespadas están las olas que traen al pez de mar adentro, empujándolo hacia la orilla, lo que les facilita la labor de cogerlo.

Entonces les dijo Brandán:

«Lo estáis viendo, hermanos: la que antes os era enemiga viene ahora en nuestra ayuda, por gracia divina. Así tendréis de comer para una buena temporada, y no os preocupéis por su apariencia, que nos servirá de alimento. Coged todo lo que estiméis sea suficiente, para que no os falte comida durante tres meses.»

Ellos hicieron lo que les mandó, y se abastecieron hasta dicho plazo, almacenando leña, y con agua dulce de las fuentes llenaron todos sus toneles.

## XXI

### COMBATE DEL GRIFO Y DEL DRAGÓN

**D**ios no cesa en sus milagros: ahora otro peligro apremia a los viajeros, no menor, sino más grave, que el que acaban de padecer; pero ellos no temen, confiando ya que Dios les siga defendiendo.

Se acerca, bajando el vuelo del cielo, cerniéndose sobre sus cabezas, un grifo echando llamas, con las zarpas hacia fuera, prestas para llevárselos como presa; llameante tiene la garganta y muy afiladas las patas. El borde de la nave, por muy fuerte que sea,

de un sólo zarpazo se lo llevaba, y con el sólo soplo del aire que desplaza, inclina toda la embarcación hasta casi darle la vuelta.

Mientras así les perseguía por el mar, llegó un dragón, abrasado con vivas llamaradas. Revolotea, erguido el cuello, alzando el vuelo hacia el grifo.

Arriba en el aire se libra la batalla. Relampaguea el fuego que echan ambos monstruos. Golpes, quemaduras, empellones, mordiscos feroces, se propinan ante las miradas espantadas de los peregrinos.

Alto es el grifo, flaco el dragón; fornido es aquél, éste más pujante. Finalmente, el grifo cae al mar: muerto yace y vengados quienes fueron sus enemigos.

Se va el dragón victorioso, pero toda la gloria por tal victoria se la otorgan los viajeros a Dios, e instruidos por el espíritu divino, de aquel lugar zarpan hacia el mar abierto.

## XXII CONGREGACIÓN DE MONSTRUOS MARINOS

**L**legó la fiesta de San Pedro —aquél al que dieron muerte en el prado de Nerón— y celebraron una fiesta en honor del obispo de Roma.

Al officiar la misa el abad, según mandan los cánones, iba cantando con voz poderosa. Todos los hermanos se pusieron entonces a suplicarle:

«Querido padre, os rogamos que cantéis más bajo, que nos haréis perecer si no. Pues tan transpa-

rente es cada ola, que donde la mar se hace más profunda vemos hasta los fondos un inmenso alboroto de peces. Peces enormes y crueles estamos viendo, y de unas especies tales, de las que no habíamos oído hablar nunca. Si se excitan con el ruido sepa vuestra señoría que sólo nos queda la muerte.»

Se sonrió el abad, y amonestó a los suyos, a los que tenía por muy insensatos:

«Señorías, ¿por qué teméis por nada? ¡Cómo rechazáis vuestras creencias! Habéis afrontado más graves peligros, y para todos ellos Dios os fue buen protector. El que os asusta todavía no ha llegado. ¡Implorad el perdón!», les dijo Brandán, y él siguió cantando, todavía más alto y claro.

Salen entonces unos monstruos marinos gigantes, que van rodeando la nave, celebrando también a su guisa la fiesta del día. Después de cantar el oficio, cada pez volvió a su morada, siguiendo distinto camino.

### XXIII

#### LOS VIAJEROS SE ADENTRAN CON EL BARCO EN UNA COLUMNA DE CRISTAL

**E**n alta mar, singlando adelante, ven brillar los viajeros un gran pilar. Con puros rubíes estaba hecho —materia de otra naturaleza no había ni una onza— de un rubí zafirino destellante —¡muy rico sería su amo!—, hasta las nubes alcanzaba la cúpula,

y la base se asentaba en el fondo del mar, toda de oro precioso, delicadamente labrado. Seguro que no la habrían edificado para cualquiera...

Hacia aquella columna dirige Brandán el rumbo y se le hace largo el llegar hasta allí. Arría la vela, y con monjes y con barco, por debajo de la bóveda, va penetrando en el pilar.

Al adentrarse en la columna, debajo del mar, aparece ante sus ojos un altar de esmeraldas. El sagrario de ágata van contemplando, y el suelo todo pavimentado de calcedonia, y las luminarias de berilo, y dentro del pilar, sosteniéndolo todo, una columna de oro fino.

No temen ningún peligro los viajeros, y se quedan durante tres días, cantando misa uno tras otro.

En el fuero de su conciencia Brandán se pone a pensar que no se debe insistir en buscar el secreto de Dios, y dice a sus monjes:

«Creed en mi consejo: vayámonos, zarpemos de aquí.»

Va y coge el abad un cáliz de cristal muy adornado: piensa que no está siendo infiel a Dios, cuando para servirle se lleva esta prenda.

## XXIV EL HERRERO DEL INFIERNO

**D**e su camino llevan recorrido los peregrinos un gran trecho, sin tocar todavía el fin de la aventura. No por ello se entregan a la pereza, pero cuanto más avanzan, más notan su cansancio. Sin

embargo, no se darán por vencidos hasta tener ante los ojos el objeto de su deseo.

Pronto surgió ante ellos una tierra, aneblada de oscuras y caliginosas nubes. Humeaba una fétida humareda, más pestilente que carroña; y rodeada estaba de una gran oscuridad.

Pocas ganas tienen de hacer escala, porque ya desde lejos se dan cuenta que en aquel lugar aciago serían acogidos con escasa alegría.

Con gran esfuerzo se empeñan en cambiar de ruta, pero éste era justamente el rumbo que debían seguir, porque hacia allí les empujaba el viento.

Ya sabe el abad a donde se dirigen y se lo dice a los hermanos:

«Señorías, habéis de saber que al mismo infierno estáis siendo llevados a la fuerza. Nunca tuvisteis como ahora tanta necesidad de protección divina.»

Brandán hace sobre ellos la señal de la cruz: no se ha equivocado, cerca está el abismo infernal. Cuanto más se aproximan, más horroroso espectáculo se les ofrece y más tenebroso encuentran aquel valle.

De las simas profundas y de los precipicios vuelan disparadas inmensas cuchillas de fuego. Como fuelles soplando ruge el viento. Ni con truenos resuena tal estruendo. Espadas de hojas candentes, rocas ardiendo a llamaradas, tan alto por el aire vuelan, que roban al día su claridad.

Al pasar delante de un monte se asustaron al ver a un diablo: colosal era aquel demonio que del infierno salió todo abrasado, llevando empuñado un martillo de hierro, con el que había partido una columna. Ve a los viajeros, y les clava con su mirada —ojos destellantes, como ardiente brasa—, siente

impaciencia por no tener presto a su alcance algo con que darles tormento, y echando fuego por la garganta, corre a grandes zancadas hacia su fragua.

Muy pronto vuelve con su cuchilla, candente cuan llamarada al rojo vivo. Como diez bueyes pesaría la tenaza con que la tenía sujeta. Toma impulso, levantándola hasta las nubes; luego la arroja contra los viajeros, apuntando justo encima de ellos.

No llega más rápido el torbellino, cuando lo lleva por el aire el viento, ni el cuadrillo disparado por la ballesta, ni la piedra que lanza la honda. Cuanto más se va elevando, más se enciende; cuanto más espacio recorre, más fuerza alcanza; primero se divide, y luego se vuelve a unir.

No llega a alcanzarles el tormento, sino que pasa por encima de sus cabezas y va a caer en el mar, donde arde todavía, como el brezo, cuando el campo se quema. Y mucho tiempo sigue ardiendo la cuchilla en el mar, a grandes llamaradas.

El viento se ha llevado a la nave, y así van huyendo de aquel lugar siniestro.

Con viento de popa se alejaron, pero no sin echar atrás la mirada a menudo, viendo aquella isla en llamas, toda envuelta en humo. Seguían oyendo gritos de diablos a millares, y llantos de condenados. Humos hediondos les llegaban todavía, esparcidos por el aire.

Aguantaron la prueba lo mejor posible, y salieron de ella airosos: a medida que el hombre santo va resistiendo tormentos —hambre, sed, frío, calor, angustia, tristeza y grandes temores— va creciendo su divina felicidad; así les ocurre a los viajeros,

ahora que han visto a donde son recibidos los condenados. Se encuentran reafirmados en su confianza en Dios, y singlan adelante, sin ningún temor, porque ya saben que prosperan en el buen camino.

## XXV

### LA MONTAÑA ENVUELTA EN NUBES, DONDE DESAPARECE UN VIAJERO

Con el amanecer, no tardaron mucho en darse cuenta que se iban acercando a algún lugar firme: una montaña envuelta en nubes; hacia allí les iba empujando el viento con apretura.

Pronto llegaron a la orilla, pero el acceso era muy escarpado. Entre todos los viajeros, ninguno pudo apreciar qué altura tendría esta montaña: por encima de las nubes se elevaba a más altura que lo que parecía desde la orilla, al pie de la misma; y la tierra es negrísima, como no han visto en todo el viaje.

Por qué motivo, nunca lo supieron sus compañeros, salta uno de ellos a tierra; en seguida lo perderían de vista. Todos oyeron lo que él les dijo, pero sólo el abad pudo ver cuanto ocurrió:

«¡Señor!», gritaba, «me están apartando de vos, apresando por mis pecados, como sabéis.»

Y el abad está viendo cómo está siendo arrastrado, por cien diablos vociferantes.

Huyen de allí los viajeros, marchándose a otra parte, y se miran unos a otros, asustados: despejada ya de nubes la montaña, ante sus ojos, abierto de par en par, aparece el infierno.

Fuego y llamas echa el infierno, y palos candentes, y cuchillas, y pez y azufre, que salen disparados hasta las nubes, y recogen como suyos los demonios, cuando vuelven a caer en su recinto.

Con enseññas de peregrinos ha armado Brandán a los hermanos, y así logra sacarlos de aquel lugar.

## XXVI SUPPLICIOS Y CÁRCELES DE JUDAS

**E**n el mar, a lo lejos, van viendo los viajeros una especie de bulto parecido a una roca —y roca era de verdad, pero no lo podían creer—. Les dijo entonces el abad:

«Singlemos hacia allí y enterémonos sin demora de qué es aquello.»

Llegaron y se toparon con lo que menos podían esperar: encima de la roca a donde han arribado encuentran sentado un hombre desnudo.

Tenía el cuerpo todo despellejado, la piel lacrada, desgarrada, hecha trizas. Un trozo de tela tenía atado a la cara, y estaba adosado a una columna, agarrado a la roca, para que no le arrojara el oleaje.

Con las olas golpeándole fuertemente, no cesa nunca su muerte: una le golpea, y él casi perece; otra viene detrás y le vuelve a levantar; peligro delante, encima, detrás, debajo; tormento espantoso padece a diestra, y no es menor a siniestra. Cuando el mar remite en sus ataques, cansadamente se queja:

«¡Ay!, dulce Jesús, si yo me atreviese, imploraría tu merced. ¡Ay!, Jesús, rey de majestad, ¿ni en invierno ni en verano tendrá fin mi agonía?

»¡Jesús, Tú que pones en movimiento los tronos de los astros, tan amplia es tu misericordia! Jesús, Tú que eres tan generoso, ¿no me llegará la hora del alivio?

»Jesús, nacido de María, no sé si podría implorar tu merced: ni puedo ni me atrevo, pues tanto he errado que he sido juzgado con justicia.

Al oírle Brandán quejarse de esta manera, siente más dolor del que jamás sufrió. Levanta la mano para bendecir a todos y se va acercando trabajosamente. Según él se va aproximando a la roca, la mar se va inmovilizando, y ya no la mueve ni brisa ni viento. Ahora le habla Brandán:

«Dime, desdichado, por qué padeces tal tormento. En nombre de Jesús, al que clamas, yo te ordeno que me digas y me asegures quién eres, y por qué delito estás aquí.»

Al romper a llorar, no pudo Brandán seguir hablando y se calló.

Aquél le respondió en voz baja —voz ronca y muy cansada—:

«Yo soy Judas, que estando al servicio de Jesús le traicionó. Yo soy el que a su señor vendió, y luego, de tanto duelo, se ahorcó. Amor fingí al besarle y traje discordia, cuando debí apaciguar. Yo escondí mi fortuna, pero en secreto la fui gastando, dando ejemplo con limosnas a los pobres; así repartí yo cuanto me habían ofrecido y llevaba escondido en unas bolsas. Yo pensé que esto permanecería oculto a quien hizo el cielo estrellado, pero por ello me fueron remitidas penas —a los pobres de Dios, yo bien defendí, ahora ellos son ricos y yo necesitado.

»Yo soy aquel traidor que, por odio, entregó a los lobos al inocente cordero.

»Cuando vi que estaba en manos de Pilato me quedé con el ánimo muy triste. Cuando vi que se encontraba en manos de los judíos —un hombre bueno, entregado a unos hombres crueles—, y cómo en burla le adoraban, coronándole con espinas, y cuán vilmente le trataban, sabed vos que me quedé muy afligido.

»Luego vi cómo le llevaban a la muerte, y manar la sangre del dulce costado.

»Cuando vi cómo colgaba de la cruz, vendido a muerte por mí, pronto ofrecí las treinta monedas —aquellas ya no cobrarían renta—, y loco y sin poder medir mi arrepentimiento, me maté. Por no haberme ido a confesar, condenado estoy día tras día.

»Aquí no ves tú nada de la tortura, que me asalta dentro del infierno: esto sólo es alivio del tormento, que padezco el sábado al anochecer; todo el día del domingo tengo sosiego hasta la noche, y durante la quincena de Navidad, aquí permanezco, holgando de mi gran pena; cuando llegan las fiestas de María, de mis duras penas, no sufro ninguna, y en Pascua y Pentecostés, no padezco otro sufrimiento que el que ahora ves —en ninguna otra fiesta del año se interrumpe—, y el domingo al anochecer salgo de aquí para experimentar tormento.»

Le pregunta entonces Brandán:

«Ahora explícame, si esto que sufres aquí es descanso, cómo te asaltan tormentos y torturas, en qué lugar padeces estas penas, y a dónde vas tú, cuando te marchas de aquí.»

Judas le responde:

«Cerca está el lugar que de los diablos es feudo; está a escasa distancia: sólo estoy lo bastante lejos, como para no oírles. Existen dos infiernos próximos, donde duras penas se han de sufrir; muy cerca de aquí están estos dos lugares, donde ni invierno ni verano cesan los tormentos; el más benigno es horreo, y causa sufrimientos atroces.

»Piensan los que allí sufren que nadie más padece tales males, y ninguno de nosotros, salvo yo, podría decir cuál es el más horrible: a nadie le toca más de uno, y sólo a mí, cuitado, me tocan ambos.

»Uno está en el monte, otro en el valle, y les separa un mar de sal, pero es asombroso que no arda todo. Aquél del monte es el más penoso, el del valle el más horroroso; aire caliente y húmedo tiene aquél, y frío y fétido, el cercano al mar.

»Contando la noche, un día entero paso arriba, luego me quedo abajo otro tanto; un día subir, al otro bajar: no tiene fin mi tortura, y no cambio de infierno para aliviar, sino para agravar mis males.

»El lunes, día y noche, en la rueda estoy dando vueltas, yo cuitado, allí colgado, giro tan rápido como el viento; cada día me voy, cada día vuelvo, con los vientos llevado en la rueda por todo el aire.

»El martes, me lanzan disparado, endurecido el cuerpo, como el cuadrillo de la ballesta; proyectado por encima del mar, vuelo hacia el valle, hasta aquel siniestro infierno. Allí en seguida me encadenan unos diablos, que me gritan con escarnio, y me tumban encima de unos pinchos, echando plomos y rocas encima mío: así queda mi cuerpo, todo perforado, asaetado, como ahora lo veis.

»El miércoles, me disparan otra vez hacia arriba, donde cambia mi tortura: parte del día hiervo en la pez, donde tan ennegrecido quedo, como ahora me veis. Luego me retiran y me ponen sobre una parrilla, atado a un poste, entre dos fuegos; atraviesa la parrilla una barra de hierro —sólo sirve para traspasarme— que tan roja está, como si diez años hubiera estado encima de unas brasas, atisbadas sin cesar por fuelles y sopletes. Por la pez, prende el fuego con mayor fuerza, y aumenta mi tortura. Luego, de nuevo a la pez me arrojan, untándome, para que arda más. No hay mármol tan duro que, sometido a tal fuego, no se fundiese, pero tan hecho está mi cuerpo a esta ira que no puede ni quebrarse.

»Tal tormento, por mucho que me pese, sufro un día entero y una noche. Luego, el jueves me llevan al valle, para padecer tortura contraria: me dejan entonces en un lugar helado, tenebroso, todo a oscuras. Allí, con tanto frío, siento añoranza del fuego que abrasa; me parece entonces que, como el frío, no hay dolor del que más se resienta uno, y de cada tortura me parece que no hay más dura, cuando a ella de lleno estoy sometido.

»El viernes vuelvo al monte, donde tantas muertes pelean contra mí. Allí me despellejan todo el cuerpo, hasta que no quede piel sin arrancar; en hollín mezclado con sal, me pisotean con palos candentes; con este suplicio me vuelve a crecer nuevo pellejo, pero diez veces al día me lo van arrancando, para que penetre la sal a la fuerza; luego me hacen beber muy caliente el plomo fundido con el cobre.

»El sábado me arrojan abajo, donde otros dia-

blos cambian mis penas; luego me encierran en una prisión —tan espeluznante, no hay en todo el infierno, de verdad en todo el infierno, no hay lugar tan inmundado—, en el fondo, yazco a oscuras, hundido en tinieblas hediondas; tan espantoso hedor me invade que no resisto las náuseas, pero no me deja vomitar el cobre que aquéllos me hicieron tragar; quedo la piel tensa, el cuerpo todo hinchado, tan acongojado, que casi estallo.

»Tantos calores, tan insufribles fríos y hedores, tan inmensos dolores padece Judas. Así ocurrió ayer sábado; luego vine aquí, entre la hora nona y el mediodía, y hoy, en este lugar encuentro sosiego. Muy pronto pasará mala noche: en seguida mil diablos vendrán, y cuando me cojan ya no tendré descanso.

»Pero si tú tienes tanta sabiduría, esta noche puedes lograr para mí el alivio. Si tú eres hombre tan insigne, remisión de mis penas por esta noche puedes conseguirme: ya sé que eres santo y generoso, cuando a este horroroso lugar has venido sin miramiento.»

Lloraba Brandán a lágrima viva, por tantos dolores como padecía aquél. Le mandó que le dijese, a ver aquella tela con que se ataba y la piedra a la cual estaba sujeto, de quién y dónde procedían. Este le respondió:

«En mi vida hice poco bien y mucha locura —ahora el bien y el mal resultan lo que más me importa—. Con el dinero que guardé de las limosnas, a un pobre diablo compré ropa, y así tengo con que atarme en la boca para no ahogarme: cuando me llega la ola a la cara, así me puedo proteger, pero en

el infierno esto no me vale de nada, y es como si no lo tuviera.

»Cerca de una fuente fui haciendo un montículo, y encima construí un puentecillo; así, donde antes muchos perecían, ahora con este paso quedan a salvo, y por ello, dentro de mi inmensa desgracia, tengo aquí este alivio.»

Como se acercaba el crepúsculo, se dio cuenta Brandán que decía verdad: ve acudir a mil diablos, con peligrosos instrumentos de tortura; vienen derecho hacia aquel desdichado, y uno le salta encima, agarrándole con un gancho. Brandán les ordena:

«¡Dejadle aquí, hasta el lunes por la mañana!»

Aquéllos le siguen persiguiendo, y se ponen a discutir: no dejarán que se les impida llevárselo. Entonces dice Brandán:

«Yo os lo ordeno, y Dios respalde mis palabras.»

Los diablos se ven obligados a soltar su presa: no tienen poder para llevársela. Toda la noche allí permaneció Brandán —así no hay diablo que se atreva a torturar— y en el lado opuesto se quedan los demonios, deseando que se haga de día; con gran enfado y voz airada amenazan con que tendrá doble pena, pero el abad replica:

«No habrá más suplicio que lo acordado en el juicio.»

Como va alboreando el día, a Judas se llevan todos los diablos.

## XXVII DESAPARICIÓN DE OTRO VIAJERO

**B**randán se aleja de aquellos parajes, y va singlando adelante, confiando en el apoyo divino. También los monjes saben con certeza que con Dios como guía van perfectamente seguros. Le agradecen los viajeros cuanto han visto y toda la ayuda que les ha prestado.

Al recontar a sus compañeros, ven que uno de ellos falta a la cuenta, e ignoran qué ha sido de él y en qué lugar se encuentra retenido; de aquellos otros dos, se acuerdan bien de cómo desaparecieron, pero sobre este tercero se quedan perplejos.

Les dice el abad, que todo lo sabe:

«Dios habrá hecho de él lo que le plazca; no os pongáis a temer, sino manteneos firmes en vuestra ruta. Sabed que a aquel compañero le ha llegado el juicio: descanso o tormento.»

## XXVIII PABLO EL ERMITAÑO

**S**egún van navegando, ven perfilarse encima del mar una montaña muy alta. Hasta allí llegan rápidamente, pero ante ellos se alza la orilla, tan escarpada como una pared inaccesible.

El abad les dice:

«Yo desembarcaré sólo, que no se mueva nadie.»

Por aquella montaña va subiendo y caminando

largo rato, sin poder encontrar cosa alguna. De pronto se fija en una roca, de donde algo sobresale, y justo cuando está mirando, de allí mismo surge un hombre de apariencia piadosa y venerable.

Aquél le llama a Brandán por su nombre —porque Dios se lo había dado a conocer— y le da un beso; le manda traer a sus compañeros, y que no falte ninguno.

Retorna Brandán en busca de sus monjes, y en la misma roca dejan amarrada la nave. A todos han llamado aquel hombre a su lado:

«Acercaos y dadme un beso.»

Así hicieron, y luego les fue llevando para enseñarles su estancia, donde luego descansan como él les ordena.

Se quedan todos sorprendidos y maravillados por su apariencia: no lleva más vestido que su pelo, que le cubre como un velo; la mirada tiene angelical y celestial todo el cuerpo: no hay nieve tan blanca como el luminoso pelo de aquel hermano.

Brandán le pregunta:

«Querido padre, dime quién eres.»

Y aquél responde:

«Con mucho gusto. Me llamo Pablo el ermitaño. Vivo libre de cualquier dolor, y mucho tiempo llevo aquí, donde vine guiado por Dios. Exiliándome en el bosque, del mundo huí: yo elegí la vida de ermitaño; pese a mis limitaciones serví a Dios lo mejor que pude y lo ha agradecido con tanta generosidad que me ha acreditado más de lo que merezco. Me mandó que viniese aquí y esperase mi gloria.

»¿Cómo vine? Entré en una nave, que encontré ya lista para zarpar. Dios me fue llevando con veloz

curso y gran dulzura, y tan pronto como llegué, sola retornó la embarcación.

»Noventa años hace que estoy aquí, gozando del buen tiempo como de un eterno verano, en espera del juicio según mandato divino, y me encuentro en absoluto descanso, sin ninguna enfermedad, ni de carne ni de huesos. Después, pero no antes del juicio, se separarán el espíritu y el cuerpo, y resucitaré con los justos, gracias a la vida que he llevado.

»Durante treinta años tuve a un criado, siempre atento para servirme: era una nutria que a menudo me traía pescado con el cual me alimentaba. Venía tres veces por semana, y nunca transcurrió ninguna sin que me llevara tres peces, con lo cual tenía abundante comida. Colgada del cuello llevaba aquella nutria una bolsita de algas secas, para que pudiera hacer fuego y cocer el pescado —todo esto ocurría por mediación divina— y los primeros años que pasé aquí, durante treinta años, así fui recibiendo comida; de pescado quedé tan bien alimentado que no tuve necesidad de nada, ni de beber siquiera —no se molestó nuestro Señor con esto, ni con otro tipo de viandas.

»Pasados treinta años, la nutria no volvió; no es que le pesara o me despreciara, sino que Dios no quiso que siguiese trayendo alimento sólo para mí, y aquí hizo brotar la fuente llena de todos los manjares: quien la pruebe queda tan colmado que le parece que ha comido de todo a saciedad. Llevo viviendo de aquella agua sesenta años, y treinta con el pescado, son noventa; como en el siglo me quedé cincuenta, mi edad es de ciento cuarenta años.

»Hermano Brandán, ya te he contado cómo aquí

he encontrado mi deleite. Pero tú irás al Paraíso, porque casi siete años hace que dura tu busca. Vuelve primero donde antes estuviste, con el buen huésped: él te guiará, y tú síguele al Paraíso, donde están los santos.

»Llévate contigo esta agua: te salvará del hambre y de la sed; y ahora entra en tu nave sin demora: cuando al hombre le llega su viento no debe dejarlo pasar.»

Y el ermitaño le da su licencia para marcharse, y aquél la recibe y se despide, dándole las gracias por la generosidad de su trato.

## XXIX FIN DEL SÉPTIMO AÑO

**A**l volver hacia su huésped se encuentran con una niebla espesa, que les hace errar en la ruta, y van errando durante largo tiempo, antes de llegar a donde puedan mantener fijo el rumbo. A duras penas llegan a buen puerto para la cena del jueves.

Se quedan descansando en la isla, como han hecho otras veces. El sábado se hacen a la mar, rumbo al gran pez donde, como años anteriores, celebran la fiesta; ya saben de sobra que desde hace siete años la bestia les viene sirviendo, y dan alabanzas a Dios, porque gracias al acierto de la virtud divina no se han extraviado en su ruta.

Al día siguiente se van de allí siguiendo el viento, que sopla a su encuentro: singlan derecho hacia la isla de los pájaros, donde se han de quedar dos meses.

En aquella isla se divierten con gran gozo, en espera de la segura escolta del buen huésped, en cuya compañía han de hacer tan grato y hermoso viaje.

Aquél guía va preparando todo lo que necesitarán, porque no ignora que el viaje será largo y se provee de cuanto pueda, porque sabe muy bien todo lo que les hará falta.

Luego zarpan en compañía del huésped: a aquel lugar no han de retornar ya nunca.

### XXX EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

**P**onen rumbo hacia Oriente sin correr ningún riesgo de desviarse: en la nave llevan a tal timonel que ellos van gozando del viaje a placer, sin tener el mínimo cuidado. Cuarenta días en alta mar manteniendo fijo el rumbo, así van navegando sin nada a la vista, salvo la mar y el cielo encima suyo.

Con licencia del rey divino, ahora se van acercando a la calina, que rodea, como una cerca, todo el recinto del que Adán fue dueño. Densas nubes forman tales tinieblas que su viaje no tiene posible retorno. Tanto ciega esta gran caligine que el que penetre se vuelve ciego, si no tiene a Dios ante la vista, para poder traspasar tan espesa nube.

Entonces les ordenó el huésped:

«Daos prisa y poned la vela al viento portante.»

Al aproximarse ellos, la nube se va partiendo dejando espacio como de una calle, y se adentran en la calina, abriéndose en medio un ancho camino.

Ellos confían más todavía en su guía, por haberles apartado una nube tan extensa y espesa, ahora amontonada a ambos lados.

Tres días navegan velozmente, siguiendo el camino seguro, y al cuarto, con gran gozo, salen de la calina los peregrinos.

De la nube han salido, y ya el Paraíso van divisando: al principio sólo ven una muralla que se alza hasta las nubes. No tenía ni almenas, ni voladizo, ni barbacana, ni atalaya alguna. Por la luz deslumbradora de esa muralla, más blanca que todas las nieves, ninguno de los viajeros puede distinguir con qué materia está edificada realmente: el rey soberano fue su arquitecto.

Era toda ella de una pieza, sin tajo ni talla —porque fue construida sin trabajo alguno—, pero destellaban las piedras preciosas, engastadas en toda la pared: exquisitos crisolitos, allí prendidos, como gotas de oro. Queda la muralla como encendida, abrasada con amarillo topacio, verde crisoprasa, ónices, rubíes, ágatas y esmeraldas; en sus aristas relucen jaspes con amatistas, y el rubí da su brillo al cristal y al berilo: el uno lo comunica al otro y gran destello se intercambian, resaltándose los colores —¡qué ingenioso sería su artífice!

Altas son las montañas de duro mármol, a donde la mar desde lejos llega golpeando, y coronando el monte marmóreo está otra montaña, toda de oro fino; encima se alza la muralla que rodea las flores del Paraíso: así es el recinto, tan elevado, donde habríamos de morar.

Van derecho hacia la puerta, pero la entrada está protegida, guardada por dragones, que echan llamas

de fuego. Justo encima de la misma, una espada está colgada —¡insensato quien no la tema!— la guarda, hacia abajo, el pomo, por arriba; no es extraño que tengan miedo, porque cuelga girando en el vacío y su sola vista aturde: ni hierro, ni roca, ni diamante pueden escapar a su hoja.

Pronto ven a un doncel de extraordinaria belleza que avanza a su encuentro. Aquel doncel es mensajero divino y les dice que se vayan acercando a la orilla. Ellos arriban y les viene a recibir el doncel, que a todos va llamando por su nombre.

Luego el doncel ha besado suavemente a todos los hermanos, y ha amansado a los dragones: les hace tumbarse contra el suelo, muy humildemente y sin dar guerra, y llama a un ángel al que manda sujetar la espada: ya queda abierta la entrada, y todos penetran en la gloria certera. Por delante va el doncel, en cuya compañía se adentran en el Paraíso.

De hermosos bosques y ríos ven colmada aquella tierra. Los prados son verdaderos jardines, floridos con perenne hermosura —como en santas moradas, las flores exhalan dulces fragancias—, con árboles espléndidos, preciosas flores y frutas de deliciosos perfumes. Ni cardos, ni zarzales, ni ortigas pueden prosperar: entre los árboles y las plantas no hay nada que no difunda dulzura.

Árboles y flores a diario crecen y dan sus frutos, sin que les retrasen las estaciones: allí cada día reina un suave verano, cada día florecen los árboles y se van cargando de fruta, cada día están los bosques repletos de venado, y todos los ríos, de sabroso pescado. Fluyen ríos de leche y todo derrama abundancia. Con el rocío caído del cielo, manan mieles de

los juncales. Como si fuera un inmenso tesoro, se alza una montaña, toda ella derroche de oro y piedras preciosas. Allí brilla el sol con eterno esplendor, porque al aire no llega ninguna nube que al sol robe claridad y ni vientos ni brisas remueven el cabello.

Quien allí habite no padecerá ninguna pena, ni conocerá ninguna cosa hostil: ni galerna, ni calor, ni frío, ni congoja, ni hambre, ni sed, ni penuria. Tendrá tal abundancia de riquezas que sobrepasarán su apetencia; tampoco las podrá perder porque son seguras, y las tendrá dispuestas a diario.

Brandán se entretiene con tanto gozo que la horita le sabe a muy poco: para seguir viéndolo todo, largo rato hubiera querido quedarse allí...

Muy adentro del paraíso le ha llevado el doncel, para irle enseñando muchas cosas: así le va describiendo y comentando cada placer de los que ha de gozar.

Delante va el doncel, detrás el abad, caminando hasta una alta montaña cubierta de cipreses: de allí contemplan maravillas que no podrían describir. A los ángeles están viendo, y oyendo también cómo festejan su llegada y les acogen con alegría; escuchan sus hermosas melodías, pero ya no pueden resistirlo más: su naturaleza les impide captar y comprender tan inmensa gloria. Entonces les dice el doncel:

«Volvámonos, que más adelante no os he de llevar; más allá no os está permitido adentraros, porque de estas cosas todavía poco sabéis.

»Brandán, tú ya estás viendo ese Paraíso que a Dios tanto suplicaste. Aquí no termina la gloria paradisiaca: tantas maravillas como has visto, y cien

mil veces tanto, hay más allá, pero de ello no sabrás más por ahora, hasta que aquí vuelvas: esta vez con el cuerpo viniste, dentro de poco con el alma has de volver. Ahora ¡vuélvete! Sí, debes retornar y has de esperar a la hora de tu juicio.

»Lleva contigo algunas de esas piedras preciosas, como prendas, que te han de dar solaz.»

Después de decir estas palabras se marchó y volvió con las piedras preciosas, como prendas para el viaje de retorno.

### XXXI RETORNO Y MUERTE DE BRANDÁN

**D**e Dios y de los amados santos del Paraíso ha tomado Brandán licencia para despedirse. El doncel ha llevado a los viajeros hasta la nave donde todos han entrado, y ha hecho sobre ellos la señal de la cruz.

Enseguida han izado la vela y fue justo cuando, de repente, desapareció su huésped santo: el Paraíso le pertenecía como justo feudo.

Zarpan alegremente los viajeros, y como no les retiene ningún viento contrario, por la inmensa virtud divina en tres meses llegan a Irlanda.

Ya por todo el país va corriendo la noticia que Brandán ha vuelto del Paraíso. No sólo sus parientes salen a recibir a los viajeros, sino toda la gente de la comunidad. Todos se alegran, pero sobre todo los queridos hermanos, por volver a tener a su dulce padre.

Éste les va contando a menudo cómo fue su aventura, dónde disfrutaron con gozo, dónde pasaron aprieto, y les explica también cómo, en cuanto les hizo falta, encontró ya dispuesto y a punto todo cuanto a Dios pidiera; esto y más cosas, todo les fue contando, y cómo al fin encontró lo que había ido buscando.

A santos llegaron algunos de aquella comunidad, por la virtud que en él vieron: mientras Brandán se quedó viviendo en el siglo, a muchos fue ganando a la bondad divina. Cuando llegó la hora de su muerte volvió al lugar que Dios le tenía destinado: se fue al reino de Dios, a donde, gracias a él, van muchos miles.



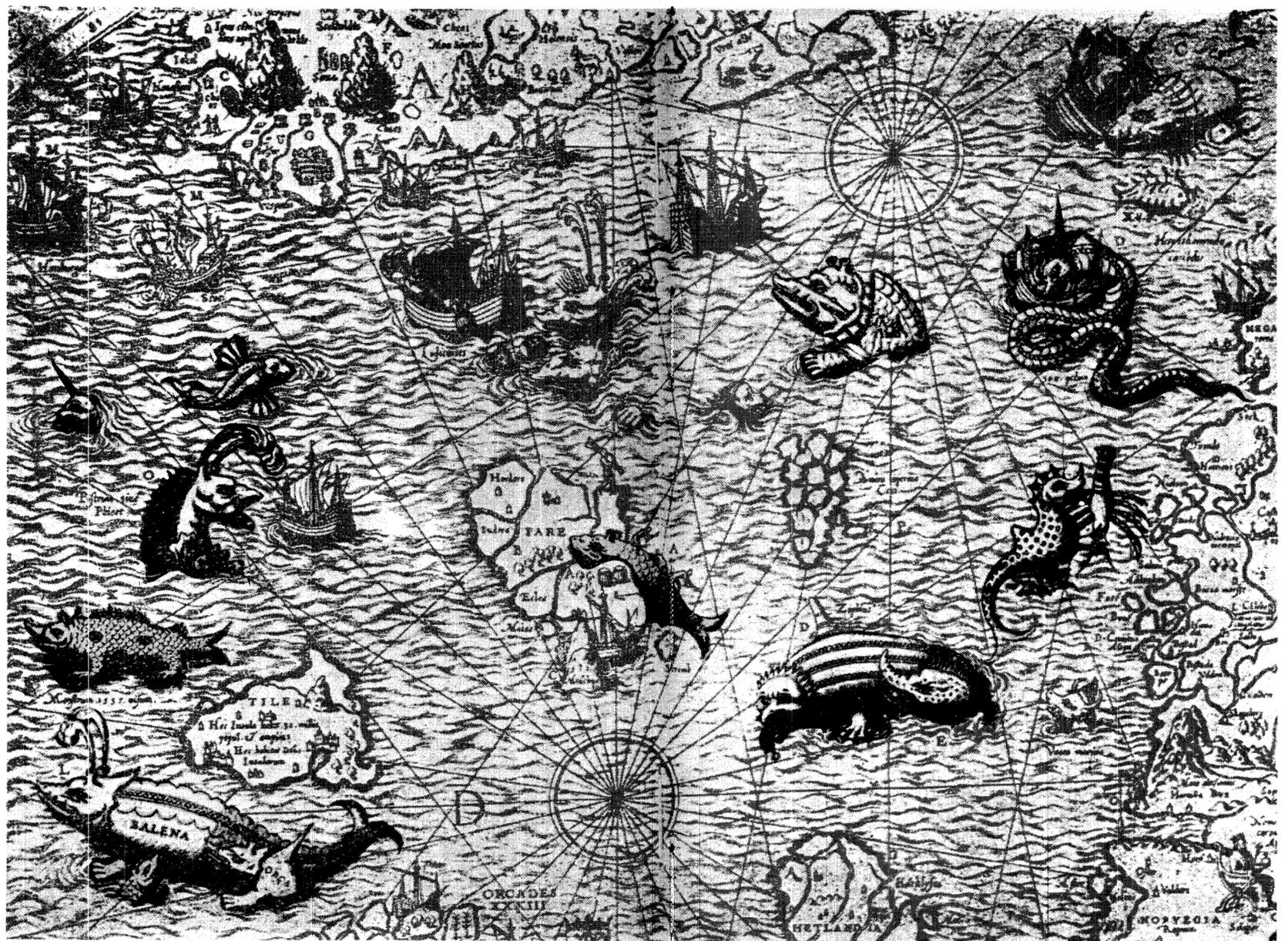
San Brandán. Catedral de Clonfert.



Dragones del tímpano de la iglesia de Hamersleben. Siglo XII.



Grabado del siglo XVI. Bibliothèque des Arts Décoratifs, Paris.



Carta de navegación de Antoine Lafréri, 1572 (B. N. París).

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

- ASHE, G.: *Land to the West. Saint Brendan's Voyage to America*. Londres, 1962.
- BACHELARD, G.: *L'eau et les rêves*. París, 1942.
- : *La Terre et les reveries du Repos*. París, 1943.
- BALTRUSAITIS, J.: *Le Moyen Age fantastique*. París, 1972, edición italiana, *Il Medioevo fantastico*. Milán, 1973.
- BIELER, L.: *Ireland, harbinger of the Middle Ages*, edición inglesa establecida por el autor. Londres, 1963.
- BLOCH, M.: *La société féodale* (reedición). París, 1968.
- BORGES, J. L.: *Manual de zoología fantástica*. Méjico, reedición, 1966.
- BRAUNFELS, W.: *La arquitectura monacal en Occidente*, edición española. Barcelona, 1975.
- BOOKE, CH.: *The 12th century Renaissance*. Londres, 1969.
- BRUYNE DE, E.: *Geschiendenis van de Aesthetica*. Amsterdam, 1954, edición española, *Historia de la Estética, II. La antigüedad cristiana. La Edad Media*. Madrid, 1963.

---

La bibliografía citada se refiere tanto al texto como a algunas de las claves de interpretación señaladas en el prólogo.

- BURRELL, M.: *Narrative structures in Voyage de Saint Brandan, Parergon*, 17, 1977, pp. 3-9.
- CURTIUS, E. R.: *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*. Berna, 1948; edición española, *Literatura europea y Edad Media Latina*, México, 1955.
- DUBY, G.: *Hommes et structures du Moyen-Age*. París, 1973.
- : *Guerre et société dans l'Europe féodale: ordonnancement de la paix in Concetto, miti e immagini del medio evo*. Florencia, 1973, p. 449-82.
- DUMÉZIL, G.: *Servius et la fortune*. París, 1941.
- DURAND, G.: *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*. París, 1969.
- ELIADE, M.: *Das Heilige und das Profane*, edición francesa, *Le sacré et le profane*. París, 1965.
- : *Images et symboles*, edición española, *Imágenes y símbolos*, Madrid, 1955.
- : *Le mythe de l'éternel retour. Archétypes et répétitions*. París, 1951; edición española, *El mito del eterno retorno*. Madrid, 1972.
- FARAL, E.: *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Age*. París, 1913.
- KÖHLER, E.: *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik*. Tübingen, 1970; edición francesa, *L'aventure chevaleresque, idéal et réalité dans le roman courtois*. París, 1974.
- LEGGE, M. D.: *Anglo-Norman Literature and its Background*. Oxford, 1963.
- MICHEL, F.: *La Bible d'Oxford*. París, 1860.
- : *La Bible de Cambridge. Le livre des Psaumes*. París, 1876.

- OWEN, D. D. R.: *The vision of Hell. Infernal Journeys in French medieval Literature*. Edimburgo, 1970.
- PANOFSKY, E.: *Arquitectura gótica y escolástica*. Buenos Aires, 1959.
- : *Meaning in the visual arts*. Nueva York, 1955, edición española, *El significado en las artes visuales*. Madrid, 1979.
- POOLE, A. L.: *The Oxford History of England. From Domesday to Magna Carta, 1087-1216*. Oxford, reedición, 1964.
- RENAN, E.: *Essais de Morale et de Critique, La Poésie des races celtiques*. París, 1868.
- RIQUER, M. DE: *La Leyenda del Graal y temas épicos medievales*. Madrid, 1968.
- RUANO, E. B.: *La octava isla. San Borondón en Canarias*. Boletín de la Real Sociedad Geográfica, 86, 1950, pp. 286-308.
- : *La Leyenda de San Brandán*. *Revista de Historia*, 17, 1951, pp. 38-50.
- RUHE, E.: *Le voyage de Saint Brandan de Benedeit*. Munich, 1977.
- SELMER, C.: *Navigatio Sancti Brendani Abbatis. University of Notre-Dame's Publications in Mediaeval Studies*, 16, 1956.
- : «*The Vernacular Translations of the Navigatio: a Bibliographical Study*». *Publications in Mediaeval Studies*, 18, 1956.
- SEVERIN, T.: *The Brendan's Voyage*. Washington, 1978.
- : «*The voyage of Brendan*». *National Geographic*, 152-156, 1977, pp. 769-797.
- WATERS, E. G. R.: *The Anglo-Norman Voyage of*

*Saint Brendan by Benedeit, a poem of the early twelfth century.* Oxford, 1928.

---

Las reproducciones del Bestiario de la Biblioteca Bodleian de Oxford fueron sacadas del facsímil de *Ediciones de Arte y Bibliofilia*, Madrid, 1983.

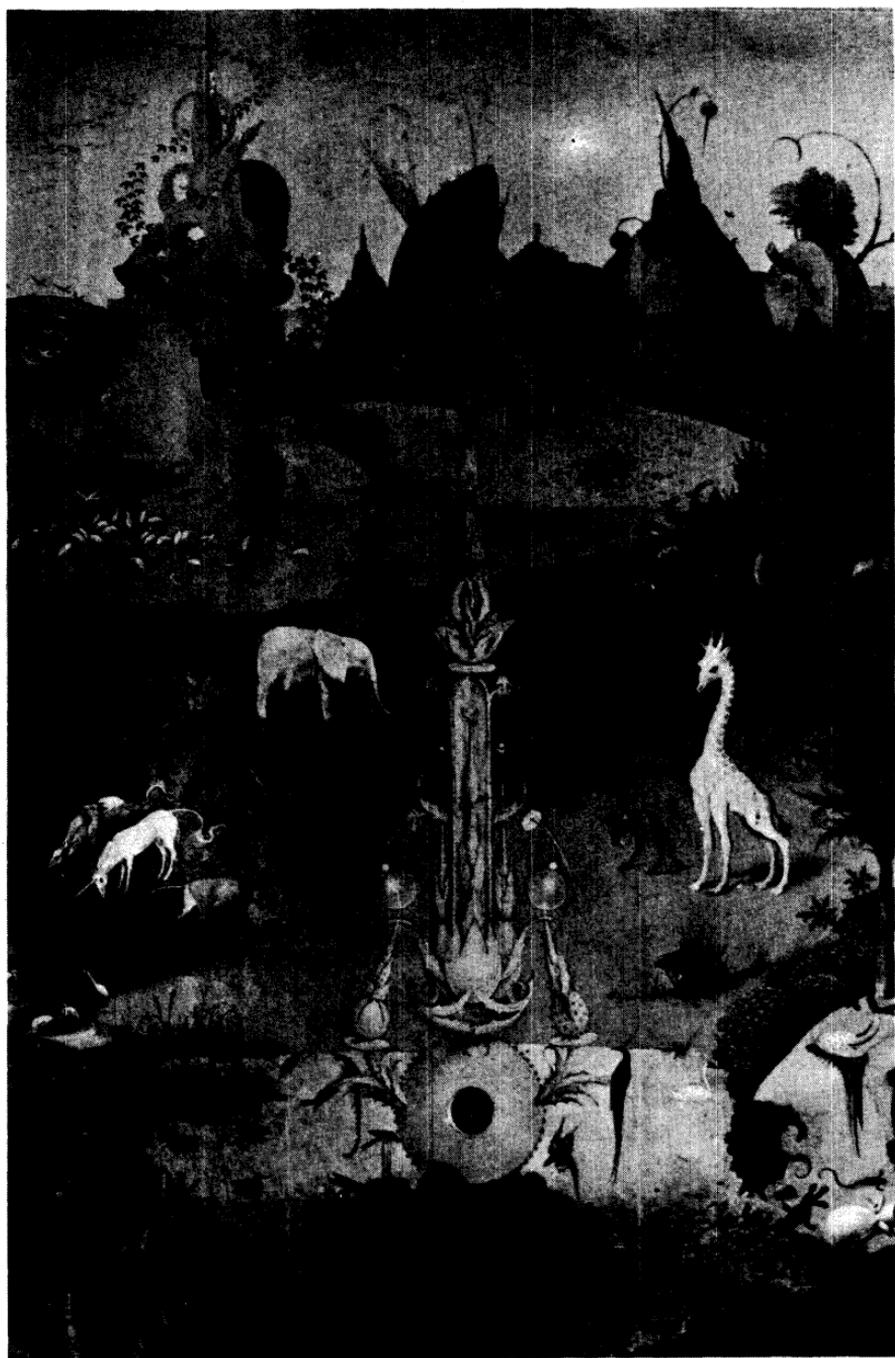


ESTE LIBRO SE COMPUSO  
EN CARACTERES TIMES  
SOBRE PAPEL AHUESADO 100 GR.  
DE LA PAPELERA SAN JOSÉ

SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1988  
EN MADRID

LAVS DEO







*Selección de lecturas medievales, 3*